

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

TOMO XI

SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

—
1890

CAPÍTULO VII

CANCHARRAYADA

(MARZO DE 1818)

1. Combinaciones estratégicas de los patriotas para atraer al enemigo al norte del Maule: O'Higgins se retira cautelosamente de Talca, i Osorio pasa ese río.—2. El ejército patriota se reconcentra en Chimbarongo i abre la campaña: pequeños combates en Quechereguas i en los alrededores de Talca.—3. Sorpresa de Cancharrayada i dispersion de una parte del ejército patriota.—4. San Martín i O'Higgins llegan a San Fernando i comienzan a reconcentrar sus tropas.—5. Feliz retirada de una gruesa division del ejército patriota a cargo del coronel Las Heras.—6. Pavor producido en Santiago por la noticia del desastre de Cancharrayada.—7. Primeros trabajos del director delegado don Luis de la Cruz para organizar la resistencia contra los vencedores.—8. Una junta popular lleva al gobierno a don Manuel Rodríguez: dictadura de éste durante algunas horas.—Sublevacion de Illapel (nota).—9. Llega O'Higgins a Santiago i reasume el gobierno del estado.—10. Entra San Martín a la capital: organizacion del campamento de Maipo: arribo de la division salvada del desastre de Cancharrayada.—El jeneral Brayer es separado del ejército patriota (nota).

I. Combinaciones estratégicas de los patriotas para atraer al enemigo al norte del Maule: O'Higgins se retira cautelosamente de Talca, i Osorio pasa ese río.

I. La proclamacion i jura de la independencia de Chile, celebradas con tanto entusiasmo en la capital i en todos los pueblos ocupados por los patriotas, era, como ya dijimos, un reto arrogante lanzado al ejército invasor que en esos momentos continuaba avanzando tranquilamente hácia el

Maule, con la esperanza de someter en corto tiempo todo el país a la antigua dominacion. En ninguna parte hallaba éste el menor signo de

resistencia, i la gran despoblacion en que habia quedado la comarca que se estiende al sur del rio, si bien lo privaba de muchos de los recursos mas indispensables para la manutencion de las tropas i para el transporte de sus bagajes, parecia demostrar la impotencia de los patriotas para defender el suelo en que pretendian fundar un estado independiente.

Osorio, que en esos dias parecia tener una confianza absoluta en el éxito de la campaña, tomaba, sin embargo, todas las precauciones posibles para evitar que su ejército pudiera ser sorprendido por el enemigo, i para recoger noticias acerca de los movimientos de éste. Algunos destacamentos lijeros, a cargo de oficiales de confianza i conocedores del terreno, marchaban adelante e iban ocupando sin la menor dificultad los pueblos i caseríos que los independientes acababan de abandonar. Todos ellos tenian el encargo de recoger los dispersos que el enemigo hubiese dejado en su retirada, de cortar a éste toda comunicacion con los distritos del sur, i de dispersar las pequeñas partidas que hallasen en actitud hostil; pero debiendo evitar cualquier combate de éxito dudoso. Uno de esos destacamentos que marchaba a la vanguardia bajo las órdenes del teniente coronel don Cipriano Palma, se adelantó hasta ocupar la villa de Linares. Al oír allí el 12 de febrero. las salvas de artillería con que los patriotas celebraban en la orilla norte del Maule la jura de la independencia, llegó a creer que iba a ser atacado de un momento a otro, i se retiró apresuradamente hácia el sur.

O'Higgins, entretanto, permanecia en Talca o en sus contornos. Había dejado a orillas del Maule algunas partidas vo'antes, especialmente de caballería, para que observasen los movimientos del enemigo cuando se acercara a ese rio, i habia colocado el grueso de sus fuerzas a orillas del rio Lircai, a dos leguas escasas al norte de Talca, elijiendo para campamento los contornos de un caserío de campo en que podia guardar sus municiones i bagajes, i donde hizo construir apresuradamente galpones i enramadas para resguardar a su tropa del sol abrasador que en esos lugares se hacia sentir en aquella estacion (1). Desde ántes que O'Higgins llegara a ese canton, el teniente coronel don Enrique Martínez, que estaba ejerciendo allí el mando militar, habia organizado guerrillas de voluntarios para que fuesen a hostilizar a las

(1) Era ese el caserío de la chacra de Albano, donde O'Higgins habia pasado una parte de su niñez, a cargo del caballero portugués don Juan Albano Pereira, cuyo hijo, del mismo nombre, era ahora el propietario de esa heredad.

partidas de vanguardia del ejército realista al otro lado del Maule. O'Higgins habria querido tambien fomentar este jénero de hostilidades; pero renunció a ello para sujetarse al plan jeneral de operaciones. Segun éste, debia dejarse a Osorio franco i espe lito el camino hasta el rio Maule, para a'ejarlo de Concepcion, ob'igándolo así a desistir del proyecto de reembarcarse para ir a tentar fortuna en un punto cualquiera de la costa vecina de Santiago. Con arreglo a ese plan, O'Higgins, como ya dijimos, se limitó a acordonar ese rio con partidas de tropa de línea i de milicias, i a despachar espías en diversas direcciones para estar al corriente de todos los movimientos del enemigo. En esos momentos de alarma i de inquieta expectativa, llegó a temerse que Osorio hiciera pasar al otro lado de la cordillera algunos cuerpos de tropas para hacerlos entrar otra vez al territorio chileno por los boquetes vecinos a Curicó i San Fernando a fin de interponerse entre Talca i la capital, i fué necesario destacar partidas de milicianos en diversos puntos de la montaña para que dieran aviso de cualquiera tentativa de ese jénero.

En esta situacion se mantuvieron las fuerzas patriotas casi hasta fines de febrero. San Martin, que deseaba ante todo atraer al enemigo al norte del Maule, pero que recelaba que éste no se atreviese a pasar ese rio, no habia querido mover el ejército acantonado en las Tablas. Cuando los informes que dia a dia enviaba O'Higgins, parecian no dejar duda acerca de la marcha resuelta i ordenada del ejército de Osorio, San Martin partió para el sur acompañado solo por sus ayudantes, i el 18 de febrero llegaba a Talca. Impuesto allí de lo que ocurría, pero siempre desconfiado i cauteloso, persistia en creer que la aproximacion de las avanzadas realistas a las orillas del Maule, no era mas que un falso movimiento destinado a llamar la atencion de los patriotas por el sur mientras el grueso del ejército se embarcaba en Talcahuano para comenzar las operaciones militares desembarcando en San Antonio o en otro punto de la costa vecino a Santiago. A pesar de las representaciones de O'Higgins para demostrarle que la marcha del enemigo, aunque lenta por la falta de medios de transporte, era un hecho real i efectivo, San Martin resolvió mantener por algunos dias mas aquella situacion expectante. Segun el plan convenido allí con O'Higgins, no debia éste poner obstáculo alguno serio a la marcha del enemigo. Para ello, se retiraria al norte cuando supiera que el enemigo se acercaba al Maule, dejando solo a orillas de ese rio algunas partidas volantes de caballería que observasen los movimientos de aquél, pero sin empeñar combate. La ejecucion de este plan, que parecia favorecer el progreso del ejército rea-

lista, abandonándole sin resistencia una mayor porcion del territorio, tenia la ventaja de ponerlo en situacion de que le fuese mui difícil i tal vez imposible retirarse al sur en el caso probable i casi seguro de un desastre.

Pocos dias despues, no quedaba duda de que el jeneral realista se acercaba al Maule con todo su ejército. El 24 de febrero se supo de positivo en Talca que una fuerte division enemiga habia ocupado a Linares i se disponia a seguir adelante. Al mismo tiempo que comunicaba estos acontecimientos al jeneral Balcarce para que acelerase la marcha de las fuerzas acantonadas en las Tablas, O'Higgins impartia sus instrucciones al coronel Freire, que se hallaba en las orillas del Maule a la cabeza de una columna de caballería, para que, evitando el comprometerse en un combate de éxito dudoso, se mantuviese en acecho de los movimientos del enemigo. Emprendiendo en seguida la retirada hácia el norte, como estaba convenido, acampó en Quechereguas el 25 de febrero, i dos dias despues entraba a Curicó. Esta retirada, aunque ejecutada con toda regularidad, impuso a las tropas grandes fatigas por la escasez de bestias de carga para la conduccion de los cañones de los bagajes.

San Martin, entretanto, se habia trasladado rápidamente a San Fernando. Quería establecer allí el cuartel jeneral, i operar la reunion de los dos grandes cuerpos del ejército patriota para abrir la campaña efectiva tan luego como los realistas se hallasen al norte del Maule. Las órdenes que dictaba en esos momentos, dejan ver que ya no tenia duda alguna sobre los verdaderos planes de Osorio. «El enemigo nos busca por el Maule, i esto no es un problema, escribia a Balcarce el 26 de febrero. En tal concepto, vuelvo a prevenir a V. S. que a marchas forzadas se mueva directamente con todas sus fuerzas a Rancagua.» I dirijiéndose el mismo dia al gobierno delegado de Santiago, le aseguraba como un hecho incuestionable el avance del enemigo por el sur, i le pedia premiosamente seis mil pares de zapatos o de ojotas para sus tropas, que debian moverse con mucha rapidez, i setecientas mulas para retirar los bagajes del ejército del sur i de las numerosas familias que lo acompañaban, «los cuales, agregaba, preferiria quemar ántes que dejarlos espuestos a que cayeran en poder del enemigo». Todo hacia presumir que en dos semanas mas la campaña estaria seriamente empeñada i quizá decidida.

En efecto, en esos mismos dias el ejército realista se acercaba a las orillas del Maule. A las dificultades que habia hallado para acelerar su marcha por la escasez de los medios de trasporte i por la despoblación

cion en que habian quedado los distritos del sur, se unieron en breve embarazos de otro orden. Osorio, por falta de ánimo, o si se quiere por un exceso de prudencia, comenzaba a comprender que la empresa en que estaba empeñado era mucho mas ardua de lo que habia creído al principio. Carecia de noticias seguras sobre los recursos i fuerzas de los patriotas, i aunque veia a éstos retirarse apresuradamente hácia la capital como si temieran empeñar un combate, sospechaba con razon que al norte del Maule podian concentrar un ejército numeroso, bien disciplinado i equipado, i capaz de mantener una resistencia vigorosa i tal vez feliz. Segun las relaciones de oríjen español, el jeneral Osorio habria querido retardar la prosecucion de las operaciones, esperando recibir informes mas seguros i completos sobre la actitud del enemigo, i no comprometerse temerariamente en una empresa que podia terminar por un desastre irreparable. Pero al lado suyo se hallaban el brigadier Ordoñez i el coronel Morgado, que, invocando la esperiencia que habian adquirido en la guerra de Chile, afectaban un alto desprecio por las tropas patriotas, por los jefes que las mandaban i por el gobierno de quien dependian. El coronel Primo de Rivera, jefe de estado mayor, que entónces pisaba por la primera vez el suelo chileno i que desconocia el espíritu marcial de sus habitantes, pero que a un valor real unia la arrogancia indiscreta de la juventud, apoyaba resueltamente el parecer de Ordoñez, i contribuyó a hacerlo triunfar en los consejos de oficiales superiores. Aunque Osorio se sometió dócilmente a esta determinacion, aquella diverjencia de opiniones que lo hacia aparecer ante el ejército como flojo i apocado, contribuyó a desprestijarlo, fomentando así los celos i rivalidades que comenzaban a aparecer. Para el mayor número de los oficiales del ejército realista, i especialmente para los que habian servido en Talcahuano bajo las órdenes de Ordoñez, era éste quien debía mandarlos, i atribuian a error i hasta a una falta vituperable del virrei del Perú el haber dado a Osorio el cargo de jeneral en jefe (2).

(2) Don Mariano Torrente, que escribia en Madrid en 1828-30 su *Historia de la revolucion hispano americana*, en vista de los documentos e informes verbales de los oficiales españoles que habian servido en América, ha consignado en el tomo II, capítulo XXV, pájs. 416-9, algunas noticias sobre estas rivalidades, que confirman la tradicion que se conservó en Chile durante largos años. Por lo demas, habiéndose terminado esta campaña en contra de los españoles, casi todos los oficiales de este ejército atribuian a Osorio el ser causa del desastre, acusándolo de impericia i de cobardía. Uno de sus ayudantes, don Isidro Alaix, que llegó en España al rango

Resuelta definitivamente la adopcion de este plan, el ejército realista aceleró la marcha. La vanguardia, compuesta de mil hombres i de seis cañones, i mandada por el coronel Morgado, ocupó la villa de Linares el 23 de febrero, i el dia siguiente avanzaba hasta Yervas Buenas sin encontrar la menor resistencia. Tres dias despues, el 27 de febrero, una corta partida de caballería pasó el Maule en descubierta, ahuyentando fácilmente a los milicianos patriotas que habia en las cercanías; pero luego retrocedió. El coronel Freire, que se hallaba en las inmediaciones con buenas tropas i que habria podido batirla, se limitó, con arreglo a las instrucciones que habia recibido, a observar los movimientos de los exploradores realistas, incitando, por decirlo así, al enemigo a pasar el rio. En efecto, en la mañana siguiente (28 de febrero) se presentaba la vanguardia realista enfrente del paso de Duao, atravesaba el Maule tranquilamente, i comenzó a trasportar de un lado al otro dieziocho cañones de montaña, sin que nadie intentara impedir esa fatigosa operacion. El coronel Morgado, que veia en estos accidentes la confirmacion de las ideas que tenia acerca de la debilidad de los patriotas, siguió avanzando confiadamente hácia el norte, i en la tarde del 1.º de marzo ocupaba a Talca, que se hallaba indefensa. Las partidas volantes del coronel Freire cambiaron algunos tiros con las avanzadas realistas, retirándose en seguida en aparente desórden, como si estuvieran convencidas de que era imposible toda resistencia.

Estas primeras escaramuzas, hábilmente dispuestas, i ejecutadas con tanta serenidad como maestría, acabaron por engañar completamente al enemigo. Cuando se supo en el cuartel jeneral de Osorio la fácil ocupacion de Talca por la columna de Morgado i la dispersion de las partidas patriotas, desapareció toda vacilacion. Acelerando su marcha sin la menor desconfianza, el grueso del ejército comenzó a pasar el Maule en la tarde del 2 de marzo en medio de un grande entusiasmo, i como si creyese asegurada la victoria. En la madrugada del dia 4 lo pasaba Osorio con su estado mayor, i en la tarde entraba a Talca. Al comunicar estas ocurrencias al gobernador de Concepcion para que las trasmitiese al virrei del Perú, el jeneral realista creia poder anunciar como un suceso inevitable el próximo desenlace de la campaña con el triunfo completo i definitivo de las armas del rei. Todo, en efecto, parecia presajiarle este resultado. Los últimos movimientos de las fuerzas patriotas tenian para los realistas el aspecto de una vergonzosa reti-

de teniente jeneral, era, entre otros muchos, uno de los mas vehementes acusadores de Osorio.

rada. El coronel Freire, que con una serenidad imperturbable se mantenía a una o dos leguas del campo enemigo observando por medio de sus avanzadas o de sus espías cuanto pasaba en él, i evitando con toda vijilancia el ser sorprendido o el verse obligado a entrar en combate, seguía replegándose artificiosamente hácia el norte, desde que vió a la columna de Morgado avanzar hasta Camarico, nueve o diez leguas al norte de Talca.

2. El ejército patriota se reconcentra en Chimbarongo i abre la campaña: pequeños combates en Quechereguas i en los alrededores de Talca. 2. Los jefes patriotas, entretanto, estaban al corriente día por día, i casi podria decirse hora por hora, de cada movimiento del enemigo. O'Higgins en Curicó i San Martín en San Fernando, preparaban con grande actividad la reconcentracion de todo el ejército, i reunian por todos medios, por donativos voluntarios o forzosos, los elementos que les eran mas indispensables por la movilidad de sus tropas, o los pedian premiosamente a la capital (3). En esos mismos días se construian con toda precipitacion puentes colgantes de crisnejas sobre los rios Cachapoal, Tinguiririca i Teno para el paso de las tropas, i el 6 de marzo pedia San Martín al gobierno delegado que hiciera echar otro sobre el rio Maipo. Esos puentes, cuya construccion era la obra de unos pocos días, prestaban un servicio eficaz para el tráfico de hombres o de caballos, pero eran insuficientes para el transporte de los cañones i de los bagajes.

(3) Con fecha de 2 de marzo, escribia O'Higgins a San Martín desde Curicó lo que sigue: "Se me asegura que Osorio viene muy determinado. Su expresion favorita es: "Presto se acaba esta funcion". ¡Quiera Dios que sea cuanto antes! Freire continua en las casas de Parga. Esta tarde salen las cargas del parque, comisaría i otros. Igualmente marchan los ganados mayores i menores. Esta mañana salió el hospital. Estoy armando partidarios en gran número. Van repartidos mas de trescientos fusiles de los viejos. Las cabalgaduras siguen en mal estado. Los dos escuadrones de la escolta i los dos de granaderos que estan en Chimbarongo carecen de caballos. Los que hai aquí i se estan dando de donativo, no valen nada". I San Martín, dirijiéndose el día siguiente al gobierno delegado, desde San Fernando, le señalaba estas mismas necesidades en los términos siguientes: "Las armas del ejército unido tienen probabilidad de victoria siempre que sean auxiliadas oportunamente. Necesitamos caballos; i si V.E. es de mi opinion, deben hacerse esfuerzos extraordinarios para que el ejército no carezca de ellos. No existe un solo real en dinero, ni aun para los gastos mas precisos. La tropa (del ejército del sur) no ha recibido un solo cuartillo los meses de enero i febrero i mucho ménos en el presente". Las escasas remesas de dinero enviadas por el gobierno de Santiago, i algunas partidas de caballos que llegaron oportunamente, remediaron en parte esta falta; i las requisiciones decretadas por O'Higgins i San Martín en Curicó i San Fernando, permitieron subsanarlas mas completamente.

El ejército acantonado en las Tablas desde diciembre anterior, había salido de su campamento. Dejando en Valparaiso el batallón de Infantes de la patria a cargo del teniente coronel don José Antonio Bustamante, para la defensa de la plaza, i en Casablanca el hospital militar, la imprenta i cuanto podia embarazar la rapidez de sus movimientos sin provecho inmediato, se había puesto apresuradamente en marcha el 28 de febrero bajo las órdenes del jeneral Balcarce. Se dirijia a Rancagua sin tocar en la capital, i casi sin darse descanso; pero el transporte de la artillería i de los bagajes indispensables, sobre todo en el paso de los rios, era causa de embarazos que fastidiaban sobremedida a los jefes i oficiales. A pesar de todo, el 4 de marzo se hallaba a orillas del Cachapoal, donde lo esperaba San Martín. El aspecto de esa division era altamente halagüeño. «La caballería, dice un testigo de vista i juez competente en la materia, se hacia notar por su buen porte, i estaba perfectamente montada. La artillería lijera, compuesta de una treintena de cañones de a 4, estaba bien organizada. Todo anunciaba que aquella division iba a obtener una espléndida victoria sobre los españoles (4).» El 6 de marzo comenzaba a entrar a San Fernando, i dos dias despues, repuesta de las fatigas de aquella marcha precipitada, estaba lista para entrar en campaña.

O'Higgins, entretanto, había seguido replegándose pausadamente hácia el norte con todas las fuerzas de su mando. El 6 de marzo salia de Curicó, pasaba el rio Teno, i tres dias despues avanzaba hasta Chimbarongo, que era el punto en que debia reunirse todo el ejército. Mientras se operaba allí la concentracion de los diversos cuerpos bajo las órdenes de los jenerales O'Higgins, Brayer i Balcarce, recorria San Martín los campos inmediatos hasta cerca de Nancagua, para colocar partidas exploradoras que pudiesen comunicarle rápidamente cualquier amago del enemigo. Temíase que éste, inclinándose al poniente del camino principal de la comarca, emprendiese la marcha por ese lado i aun lograrse avanzar hasta interponerse entre el ejército patriota i la capital. Esta precaucion, que revelaba una prudente vijilancia, fué de todo punto innecesaria, porque el enemigo se hallaba todavia mucho

(4) *Memorias inéditas de Beauchef*. Este distinguido oficial era llevado a Santiago en una camilla, postrado todavia por la grave herida que recibió en Talcahuano. En las orillas del rio Cachapoal, encontró el ejército que marchaba al sur, i lo vió desfilar. En sus *Memorias*, Beauchef ha contado este accidente con sencillez pero con animacion, recordando que San Martín i algunos oficiales se acercaron a informarse de su salud i a confortarlo con palabras de simpatía i de amistad.

mas al sur, i sus avanzadas, como veremos en seguida, no alcanzaron a pasar el rio Teno.

Dos dias enteros (el 11 i 12 de marzo) permanecieron las tropas acampadas en Chimbarongo, mientras se tomaban las últimas disposiciones para abrir la campaña efectiva. Constaba el ejército de seis mil seiscientos soldados de línea, convenientemente equipados, de los cuales mil setecientos eran de caballería. Arrastraba consigo un excelente parque de artillería con treinta i tres cañones de campaña i una abundante dotacion de municiones. El ejército, fuerte por su número i por su armamento, lo era mas aun por el espíritu que dominaba en él i por el mérito de casi todos sus jefes. Para facilitar sus movimientos, i con arreglo a los principios de estrategia, fué fraccionado en tres divisiones, mandadas respectivamente por el coronel don Hilarion de la Quintana, por el jeneral O'Higgins i por el mismo San Martin. El cargo de mayor jeneral, o jefe de estado mayor, fué confiado al jeneral Balcarce, i el jeneral Brayer tomó el de comandante jeneral de caballería. El ejército llevaba ademas agregado a su estado mayor, un servicio regular de ingenieros militares, los cirujanos que se creian indispensables, un secretario jeneral i un auditor de guerra. Nunca se habia visto en estas partes de América (en Chile i en las provincias del Rio de la Plata) un ejército mas numeroso i lucido, mejor ordenado i mejor provisto de armas, de municiones i de cuanto podia necesitar (5). Termi-

(5) Al abrirse la campaña de marzo de 1818, el ejército patriota constaba, como decimos en el texto, de 6,600 hombres, distribuidos en tres divisiones en la forma siguiente:

Division de la derecha.—Jefe, coronel don Hilarion de la Quintana. Compuesta de los batallones 11 de los Andes (comandante Las Heras), cazadores de Coquimbo (comandante Thompson), 7 de los Andes (comandante Conde), 1 de Chile (comandante Rivera), i 10 cañones de la artillería chilena (comandante Blanco Encalada).

Division de la izquierda.—Jefe, brigadier jeneral O'Higgins. Compuesta de los batallones 1 de Cazadores de los Andes (comandante Alvarado), 3 de Chile (comandante Lopez), 2 de Chile (comandante Cáceres), i 11 cañones de la artillería de los Andes (comandante Plaza).

Reserva.—Comandante, el mismo jeneral en jefe. Compuesta del batallon 8 de los Andes (comandante Martinez) i 12 cañones de la artillería de Chile (comandante Borgoño).

La caballería, que tenia por jefe superior al jeneral Brayer, formaba dos cuerpos que debian marchar a los flancos del ejército; a la izquierda, los cuatro escuadrones de Granaderos (comandante Zapiola), i a la derecha dos escuadrones de Cazadores (comandante Ramirez de Arellano), i dos de Cazadores de la escolta (comandante Freire, que era ademas el jefe de toda la caballería de esta ala).

El secretario jeneral del ejército era el ministro de guerra teniente coronel don

nados estos arreglos, el ejército se ponía en marcha el 13 de marzo, i en la tarde del día siguiente iba a acampar en las inmediaciones de Curicó. El conocimiento que se tenía de la proximidad del enemigo, i de que sus avanzadas habian llegado hasta esa comarca, hizo que se tomaran allí todas las precauciones posibles para acampar. «El ejército se formó en orden de batalla, dice el diario del jeneral O'Higgins, i pasamos la noche sobre las armas.» El jeneral en jefe, que habia quedado en Chimbarongo dictando las últimas disposiciones, llegó esa misma tarde a ponerse a la cabeza de sus tropas.

Los realistas, entretanto, envanecidos con las aparentes ventajas que

José Ignacio Zenteno; i el secretario de O'Higgins para los asuntos del despacho de gobierno, don Santiago Fernandez.

Primer ingeniero de ejército, don Alberto Bacler d'Albe; segundo, don Antonio Arcos.

El hospital militar tenía por primer cirujano a don Diego Paroissien, ingles de oríjen, mui interiorizado en los negocios de la revolucion de estos países desde 1810, i a don Manuel Julian Grajales, español que hemos dado a conocer ántes como propagador de la vacuna i como cirujano de ejército en 1813.

El auditor de guerra era el doctor don Bernardo Monteagudo, personaje célebre ya por su participacion en la revolucion de Chárca en 1809, i en las agitaciones políticas de la revolucion de Buenos Aires, en que se señaló por la apasionada exaltacion de sus opiniones i por su notable talento de escritor; pero que adquirió mas tarde mayor celebracion por los sucesos en que tuvo que intervenir posteriormente, algunos de los cuales tendremos que referir.

Nacido en Tucuman por los años de 1785, e hijo de un comerciante español i de una mujer de humilde oríjen, Monteagudo habia hecho sus estudios en la universidad de Chuquisaca hasta obtener en 1808 el título de doctor en leyes. Su alma impetuosa, sus instintos democráticos, i la corriente de la opinion en estas colonias, lo hicieron abrazar la causa de la revolucion con un ardor que revelaba en sus escritos, en su inclinacion a los partidos estremos, i en sus actos, en que no lo detenía escrúpulo ni consideracion alguna. Celoso partidario del gobierno del jeneral Alvear en 1815, se vió envuelto, a la caída de éste, en un proceso en que habria sido condenado a destierro, si él no hubiera tomado la fuga del buque que le servía de prision, i trasladádose a Rio de Janeiro. De allí pasó a Europa, i durante dos años de viajes adquirió mayores conocimientos, i modificó sus opiniones, que dejaron de ser las de radical demagogo, con que se habia dado a conocer en los principios de su carrera pública. De vuelta a Buenos Aires en 1817, i tolerado por el gobierno de Pueyrredon, obtuvo permiso para pasar a Mendoza, i de allí se trasladó a Chile en los últimos días de ese año. San Martín, que no tenía motivos para estimarlo, i que además recibió comunicaciones de Pueyrredon que presentaban a Monteagudo como un hombre peligroso (véase la carta de aquél de 7 de febrero de 1818 en la *Vindicacion Histórica*, papeles del jeneral Guido, pájs. 77-80), apreció el talento de éste, su decision por la causa de la independencia, i sus condiciones para servirla con el consejo i con la pluma. Por eso, despues de haberle confiado algunas comisiones, lo nom-

habian alcanzado, atribuyendo a impotencia i cobardía la cautelosa retirada de la division de O'Higgins, i sin tener noticias positivas de la reconcentracion de las fuerzas patriotas un poco mas al norte, habian seguido avanzando llenos de arrogancia. El jeneral Osorio habia salido de Talca con el grueso de su ejército el mismo día 14 de marzo, i fué a acampar a Camarico, esto es, nueve leguas mas al norte. El jefe de estado mayor don Joaquin Primo de Rivera, a la cabeza de una columna de poco mas de ochocientos hombres, de infantería i caballería (6), se habia adelantado dos días ántes hasta Curicó, i colocado sus avanzadas esploradoras en las orillas del rio Teno. Al principio no tuvo mas que informes vagos i confusos acerca de la situacion del enemigo; pero en la tarde del 14 de marzo, al saber de un modo mas seguro que éste avanzaba hácia el sur con fuerzas considerables i en orden perfecto, Primo de Rivera retiró prontamente sus avanzadas, reconcentró su

bró auditor de guerra en reemplazo del doctor Vera, que no podia salir a campaña, i de don Manuel Rodriguez, que acababa de ser separado de ese cargo. Don Benjamin Vicuña Mackenna ha dicho en el *Ostracismo de O'Higgins*, cap. XI, que Monteagudo redactó el acta de la independencia de Chile, aseverando que se apoya en la correspondencia de éste con el supremo director. En realidad, no hai en esa correspondencia ni en ningun documento nada que autorice ese error, que, sin embargo, hemos visto repetido mas tarde. El acta de la declaracion de la independencia fué escrita por el ministro don Miguel Zañartu, en la forma i con las correcciones de que hablamos en el § 7 del capitulo anterior. Lo que Monteagudo escribió en esos días fué el opúsculo en que se refieren las fiestas i solemnidades con que fué celebrada la jura, segun contamos ántes.

La fisonomía moral de Monteagudo, simpática por el ardor de su patriotismo, por su rara intelijencia i por el vigor de sus escritos, no lo es en manera alguna por la falta de austeridad de costumbres, por sus terribles pasiones en la persecucion de sus enemigos i por la dureza i poca elevacion de su carácter. Ese conjunto de cualidades contradictorias hacen de él un tipo de hombre público i privado difícil de descifrar, i que se presta alternativamente al encomio entusiasta i a la mas amarga censura. Su vida ha sido objeto de varios estudios especiales, que no han logrado, sin embargo, esclarecerla satisfactoriamente. Solo recordaremos aqui los mas noticiosos, los mejor estudiados i mejor elaborados. Son éstos: *Don Bernardo de Monteagudo, ensayo biográfico* por Clemente L. Frejeiro (Buenos Aires, 1878), 1 vol. de 439 pájinas; i *Monteagudo, su vida i sus escritos*, por Mariano A. Pelliza (Buenos Aires, 1880), del cual solo conocemos el primer volumen, que alcanza hasta 1815, pero que contiene todos los escritos que aquél habia publicado hasta esa época.

(6) Esta columna era compuesta de cuatro compañías de cazadores sacadas de los batallones Infante don Carlos, Búrgos, Concepcion i Arequipa, de los dos escuadrones de dragones de la frontera i del escuadron de lanceros del rei. Contra lo que se ha escrito en algunas relaciones de estos sucesos, la columna de Primo de Rivera no llevaba artillería de ninguna clase.

columna i se replegó a toda prisa a las orillas del río Lontué. En la noche repasó este río, i continuando su retirada hasta Quechereguas, ocupó las casas de esta hacienda, que por su estension i por su solidez presentaban las condiciones de un campo fortificado, como lo habia experimentado O'Higgins en abril de 1814, defendiéndose ventajosamente contra los ataques del ejército de Gainza. Desde allí despachó al jeneral Osorio aviso de lo que ocurría, pidiéndole que sin tardanza le enviara los refuerzos necesarios para evitar un desastre.

Este movimiento retrógrado de la vanguardia realista no fué conocido por los patriotas sino al amanecer del día siguiente 15 de marzo. En el acto resolvió San Martín adelantar un destacamento para picar la retirada al enemigo, i para descubrir las posiciones que tomaba. El coronel Freire, que habia desplegado siempre tanta audacia i tanta actividad en lances de esta naturaleza, fué encargado de practicar esa operacion con uno de los escuadrones de la escolta directorial; pero el jeneral Brayer recibió la órden de tener lista la caballería i algunos cañones de montaña, para acudir en auxilio de aquél, si por cualquier accidente llegaba a verse comprometido en un combate desigual. A las siete de la mañana cruzaba Freire el río Lontué, despreciando los fuegos de algunos piquetes de tiradores realistas que habian quedado en la ribera izquierda; i marchando en persecucion de ellos, llegaba a situarse enfrente de las casas de Quechereguas. Creyéndolas defendidas solo por un puñado de fujitivos, el jefe patriota les intimó rendicion bajo la amenaza de pasarlos a cuchillo en caso que intentaran oponer una inútil resistencia.

Este error del coronel Freire era fácilmente esplicable. Al acercarse a las casas de Quechereguas, él habia visto a lo léjos un grueso cuerpo de caballería enemiga que se retiraba apresuradamente hácia el sur. En efecto, Primo de Rivera, engañado por la abundante polvareda que levantaban en su marcha los caballos del escuadron de Freire, habia creído que se acercaba todo el ejército patriota, o a lo ménos una division considerable. Dispuesto a defender valientemente ese sitio con sus cuatrocientos fusileros hasta que llegasen los auxilios que habia pedido desde la noche anterior, el bizarro jefe español los hizo parapetarse ventajosamente detras de las tapias i paredes, i dispuso que el coronel Morgado se replegase mas al sur con los tres escuadrones de caballería, que eran inútiles para la defensa de esa posicion. Antes de mucho rato habia descubierto su engaño. En vez de la division enemiga que habia creído distinguir, solo tenia enfrente un escuadron de ciento setenta hombres. En el momento, dió aviso a Morgado de

lo que pasaba, para que éste volviera con su caballería a consumir una victoria que parecía tan fácil como segura.

Freire esperó a pié firme el ataque del enemigo, confiando en el valor de sus soldados i en los refuerzos que en su auxilio debía enviar el general Brayer, i aun rechazó con ventaja la primera carga de los dragones de Morgado. Pero en esas condiciones, la resistencia no podía prolongarse por mucho rato. Los jinetes patriotas se batian en proporcion de uno contra tres (170 hombres contra 400); i como no llegaron los refuerzos esperados, Freire se vió reducido a disponer la retirada. Perseguidos tenazmente en este movimiento, los soldados patriotas volvian cara de trecho en trecho, renovaban la pelea contra los grupos de realistas que se separaban del grueso de sus fuerzas, i volvian luego a alejarse para rehacerse mas adelante. Esta jornada, en que Freire se vió personalmente en mas de una ocasion en serio peligro, i en que perdió diecisiete hombres, se habria terminado por un desastre efectivo si, al acercarse a las orillas del rio Lontué, no hubieran divisado los realistas un cuerpo de tropa que acudia apresuradamente en auxilio de los patriotas comprometidos en tan desigual combate. Brayer no habia cumplido la órden de sostener el movimiento de Freire con el grueso de la caballería; pero el comandante don Santiago Bueras, obrando por su sola iniciativa, i movido por esa impetuosidad de su carácter que lo habia hecho famoso en las campañas anteriores, acudia de carrera a la cabeza del segundo escuadron de la escolta directorial, a tomar parte en la refriega. Bastó su sola presencia para que Morgado i sus jinetes dieran vuelta apresuradamente hácia Quechereguas.

Los realistas, sin embargo, se dieron por vencedores en este primer encuentro, exajerando desmesuradamente el número de los enemigos i el de las pérdidas que éstos habian sufrido, i contando los mas extraordinarios rasgos de heroísmo de algunos de sus propios oficiales (7).

(7) Narramos estos acontecimientos con mucha prolijidad, utilizando los documentos tanto de orijen realista como de orijen patriota. El mas minucioso de estos últimos es un diario de O'Higgins que hallamos entre sus papeles traducido al ingles por don Juan Thomas, como material para el libro que se proponia escribir, segun contamos en otra parte. El parte oficial de Osorio al virrei del Perú referente a los primeros sucesos de la campaña de 1818, cuenta muy sumariamente aquellos movimientos i el pequeño combate de Quechereguas, al cual da tales proporciones que dice que los patriotas perdieron en él 200 hombres, cuando en realidad la única fuerza que Freire tenia a sus órdenes era un escuadron de 170 cazadores de caballería, de los cuales perdió 17, i entre ellos un bravo sarjento apellidado Urbina. El

A pesar de esto, Primo de Rivera no se resolvió a mantener la posición que ocupaba en Quechereguas. El mismo día se retiró hacia el sur para acercarse al grueso del ejército, i acampó dos leguas mas adelante, en las casas de Parga, a corta distancia de la márjen izquierda del rio Claro. Allí se le reunió el brigadier Ordoñez, que venia en su auxilio desde Camarico con dos batallones de infantería, el escuadrón de dragones de Chillan i cuatro piezas de artillería. Estas fuerzas, que constituian una division respetab'e, eran con todo insuficientes para mantener largo tiempo esa posición. El ejército patriota, sólido por su número i por su disciplina, continuaba avanzando regular i ordenadamente sin manifestar vacilacion ni desconfianza. Así, pues, sin detenerse allí mas que algunas horas, la vanguardia realista aprove-

historiador español Torrente, que escribió este suceso con alguna exactitud en el capítulo XXV del tomo II de su *Historia de la revolucion hispano americana*, fundándose, sin duda, en los informes verbales de algunos oficiales realistas, exajera tambien las proporciones del combate de Quechereguas, contándolo como derrota de los patriotas, de quienes dice que perdieron 60 hombres, i refiriendo un encuentro personal entre Freire i el capitán realista don Tadeo Islas (a quien recomienda particularmente Osorio en su parte oficial), encuentro que, segun los informes que en otro tiempo recojimos de los contemporáneos de esos sucesos, no pasa de ser una invención forjada por el mismo Islas o por alguno de sus compañeros.

Un manifiesto del jeneral Brayer para justificar su conducta en esta campaña, i las contestaciones a que dió orijen, piezas tolas de que hablaremos mas adelante, contienen algunas noticias utilizables para la historia. En una de ellas, recordando San Martín la comportacion de Brayer en el combate de Quechereguas, dice lo que sigue: "Yo le dí (a Brayer), la órden para que con toda la caballería del ejército i la artillería volante de Chile, al mando de Blanco, sostuviera los movimientos que Freire iba a emprender sobre la vanguardia enemiga. La conducta de Brayer en esta jornada es la mas vergonzosa por su cobardía. Los comandantes Freire i Necochea i los jefes del resto de la caballería podrán esponer sobre el particular. Él comprometió a Freire en tales términos que solo el valor de este oficial pudo sacarlo del empeño".

Don Bartolomé Mitre, que conoció estas piezas, i que ha referido aquellos sucesos con bastante prolijidad en su *Historia de San Martín*, cap. XVII, § V, acusa severamente a Brayer por su conducta en ese combate; i refiriéndose al testimonio del jeneral don Tomas Guido, dice que éste lo vió ese día afeitándose tranquilamente delante de un espejo i debajo de un árbol, mientras Freire estaba batiéndose casi desesperadamente. La anécdota es picante i descansa en el testimonio de un hombre que conservó hasta sus últimos días el recuerdo vivo de los sucesos en que intervino durante la revolucion. Guido habia acompañado a San Martín en los principios de la campaña; pero en la tarde de ese mismo día, cuando el ejército se preparaba para pasar el rio Lontué, fué despachado a Santiago con una mision cerca del director delegado.

chaba las sombras de esa misma noche para replegarse a Camarico, donde se hallaba acampado el grueso de su ejército.

San Martín, en efecto, estaba resuelto a acelerar el desenlace de la campaña, evitando los combates parciales, i preparándose para resolverla en una sola batalla definitiva i eficaz. Exasperado por la conducta de Brayer en la jornada de Quechereguas, le quitó el mismo día el mando de la caballería, que confió al jeneral Balcarce, colocando a aquél al frente del estado mayor. En la mañana del 16, todo el ejército pasaba el río Lontué i llegaba a acampar a Quechereguas sin haber encontrado en todos esos campos mas signos de resistencia que los disparos perdidos de algunos guerrilleros que luego corrian presurosos hácia el sur. San Martín habria podido pasar adelante ese mismo día i atacar con ventaja a la vanguardia realista, como se lo pedian algunos de los jefes; pero firme en su propósito de no enredarse en escaramuzas de detalle, i seguro de que éstas, por felices que fuesen, no harian mas que favorecer al enemigo facilitando su retirada al otro lado del Maule, se mantuvo esa noche en aquella posición, i solo en la mañana siguiente continuó su marcha a la cabeza de todo el ejército.

Los jefes realistas, aun los mas animosos al abrirse la campaña, comenzaban a comprender ahora los peligros de la situación. Las informaciones que habian recojido por medio de sus avanzadas i de sus espías, les revelaban que el ejército patriota, que habian creído disminuido i desorganizado, era superior en número al suyo, sobre todo en caballería i en artillería, que estaba perfectamente armado i que en su marcha parecia dirigido por militares entendidos. La proximidad de ese ejército, que el 17 de marzo habia pasado el río Claro i ocupado las casas de Parga, no dejaba lugar a duda acerca de sus propósitos de empeñar prontamente una batalla jeneral i decisiva. Osorio i algunos de los jefes que servian a sus órdenes, conocian ahora que habia sido una imprudencia el pasar el Maule, empeñándose así sin conocimiento cabal de las fuerzas i recursos del enemigo, en una campaña que podia terminarse por un desastre del cual era difícil si no imposible la retirada. Por mas que otros oficiales superiores se manifestaran ménos pusilánimes, éstos, como los demas, manifestaban poca confianza en el éxito de una batalla empeñada en campo abierto en esas condiciones de inferioridad numérica. Así, pues, en vez de decidirse a pasar adelante, o siquiera a esperar al enemigo en ese sitio, se decidió, en junta de guerra celebrada en Camarico el 17 de marzo, replegarse apresuradamente a Talca. Algunos de los jefes, i probablemente el mismo Osorio, creian posible evitar la batalla, repasar el Maule i organi-

zar la resistencia en condiciones mas favorables al sur de ese rio. En la mañana del día 18, todo el ejército se ponía en marcha para Talca por el mismo camino público que habia recorrido cuatro días ántes con tanta confianza en el éxito de la campaña.

Pero San Martín acechaba con la mayor vijilancia los movimientos del enemigo, i estaba resuelto a impedirle a todo trance que pudiera retirarse al otro lado del Maule. En la misma mañana del 18 de marzo, ponía en movimiento todo su ejército, i dirijiéndose a marchas forzadas por los campos, abiertos entónces, que se estienden al oriente del camino público que seguian los realistas, pensaba salirles al encuentro mediante un rodeo rápidamente ejecutado, i cortarles la retirada (8). Durante todo ese día i una parte del siguiente, los dos ejércitos marcharon paralelamente, separados entre sí por una distancia de dos a tres leguas, desplegando por uno i otro lado toda la actividad posible para realizar sus propósitos, Osorio para evitar la batalla a que se le provocaba, i San Martín para presentarla ántes que aquél hubiera conseguido repasar el Maule o siquiera encerrarse en Talca. En la tarde del 19 de marzo, ámbos ejércitos pasaban casi a un mismo tiempo el pequeño rio Lircai, separados entre sí por una distancia de cerca de legua i media (9). Viendo al enemigo ya próximo a entrar en esa ciudad, i deseando obligarlo a aceptar el combate, o a lo ménos cortarle i dispersarle la caballería que cerraba su retaguardia para privarlo de los medios de movilidad, San Martín dispuso un ataque que, a ser ejecutado convenientemente, habria decidido la contienda ese mismo día.

Esta operacion fué encargada a Balcarce, como comandante jeneral de la caballería patriota. Compuesta ésta de cerca de mil setecientos hombres, debia caer rápidamente sobre la caballería realista, que por constar de ménos de la mitad de ese número, no podia oponer una sólida resistencia. Pero Balcarce, por un doble error, no consiguió aprove-

(8) Como se ve indicado en el plano adjunto, el ejército patriota seguía su marcha por el camino denominado de Tres Montes i de Santa Rita, mucho ménos frecuentado que el camino público principal, denominado de Pelarco, que seguían los realistas.

(9) El ejército realista pasó el rio Lircai por el punto donde corría el camino público entre Talca i Santiago, mientras el ejército patriota lo pasaba por el camino de Santa Rita. Entre uno i otro punto estaba el campamento de la chacra de Albano, en que habia estado acampada la division de O'Higgins el mes anterior, i en que se hallaban en pié los galpones i enramadas construidos para el resguardo de la tropa. Los españoles, en esta retirada a Talca, les prendieron fuego para que no pudieran ser utilizados por los patriotas.

charse de esta ventaja. Sin tomar en cuenta las desigualdades o quebraduras del terreno, que han dado a esos campos el nombre de Cancharrayada, es decir, cortada por aberturas o zanjas naturales, ni la circunstancia de que la caballería enemiga no podía presentar un gran frente, ordenó que su tropa, tendida en línea, cargase a galope. El ejército realista, cuya vanguardia estaba ya cerca de los suburbios de Talca, detuvo un momento su marcha, i volviendo su frente hácia el noreste, formó una línea que apoyaba su derecha en los arrabales de la población i su izquierda en los bajos inmediatos al río Claro. La porción mas escogida i sólida de su caballería quedó al frente de esa línea, a cargo del comandante jeneral de esa arma don Francisco Javier O'arría, no precisamente para rechazar la carga de los patriotas, para lo cual habria sido impotente, sino para entretener a éstos, dando tiempo a la infantería i a la artillería para apercibirse al combate, i para replegarse a Talca en caso necesario (10).

La carga de la caballería patriota, aunque emprendida con resolución, fué del todo ineficaz. Estrechando sus alas para caer toda ella sobre el reducido espacio que ocupaban los jinetes realistas, se envolvieron entre sí los granaderos i cazadores en los momentos en que comenzaron a recibir el fuego de cañon, i en que las desigualdades del terreno no les permitian evolucionar con la conveniente precision. «El brigadier Balcarce, dice el diario citado de O'Higgins, se encontró en un laberinto, rodeado de peligros, estando espuesto al fuego de artillería, i sin poder avanzar, a causa de la naturaleza del terreno.» El arribo de las primeras partidas de infantería i de algunos cañones del ejército patriota que llegaban al campo del combate, permitió a la caballería replegarse con cierto orden i sin mas pérdidas que la de ocho o

(10) El parte oficial de Osorio es muy sumario al referir estos sucesos, pero conserva algunas noticias que confrontadas con las de otros documentos, ayudan a darlos a conocer. Dice así: «Vistas las crecidas fuerzas del enemigo, dispuse que el coronel don Francisco Javier O'arría, comandante jeneral de la caballería, fuese entreteniéndolo hasta que toda la infantería hubiese tomado posición en las inmediaciones de la ciudad. La tarde se pasó en cargas de caballería i fuegos de artillería. Nuestra situación era la siguiente: los dragones de Chillan, a cargo de su comandante, el coronel don Cipriano Palma, cubrían la derecha; las compañías de cazadores de los diversos cuerpos estaban repartidas con el mismo objeto entre las arboledas de los huertos (de las casas o quintas de los suburbios de la ciudad); i formando una línea por batallones el Infante, Búrgos, Concepcion i Arequipa, cubriendo el flanco izquierdo las cuatro compañías de granaderos de los citados cuerpos con los cuarenta soldados de mi guardia.»

diez hombres, entre los cuales se contaba un valiente oficial de Cazadores apellidado Gerrard, escoces de nacimiento, que habia servido en Europa en un rejimiento de rifleros ingleses, i que cuatro dias ántes se habia señalado por su bravura en el combate de Quechereguas.

El ejército patriota, entretanto, habia seguido avanzando a marchas forzadas con el propósito de cortar la retirada al enemigo ántes que lograra encerrarse en Talca, i llegaba en esas circunstancias a situarse a cerca de cuatro kilómetros al noreste de la poblacion. Se alza en aquel sitio un pequeño grupo de cerros, conocidos con el nombre de Baeza, desde cuya cima se domina con la vista toda la llanura vecina. Habiendo subido a esas alturas, San Martín i O'Higgins divisaron el campo i la posición ocupada por el enemigo, que despues de aquellas primeras escaramuzas continuaba recojiéndose a la ciudad. Eran las cuatro de la tarde, de manera que quedaban aun mas dos horas de dia, tiempo que debió parecerles suficiente para empeñar i decidir la batalla. Al efecto, O'Higgins bajó apresuradamente del cerro, i poniéndose a la cabeza de veinte piezas de artillería lijera de Chile, reforzadas por dos compañías de granaderos i cazadores del batallon número 2, avanzó resueltamente i rompió el cañoneo sobre el ala derecha del ejército realista, que, como ya dijimos, se apoyaba en los suburbios de Talca. Con este movimiento se proponia impedirle o embarazarle la entrada a la ciudad i dar tiempo a San Martín para disponer la línea de batalla. «La numerosa artillería enemiga (patriota), dice el jeneral Osorio, no dejó de hacernos algun daño, siendo el mas interesante la desgracia ocurrida al coronel del rejimiento de Búrgos don José María Beza, de resultas de la caída que dió por haber muerto su caballo una bala de cañon, habiéndosele dislocado el brazo izquierdo i aporreado la cabeza, quedando por esto sin poder continuar al frente de la segunda division.» En la línea realista comenzó a notarse cierta perturbacion como si deseara evitar el combate a toda costa. Alentado por el éxito de este primer ataque, O'Higgins se empeñaba en llevarlo adelante desplegando su infantería en guerrillas, cuando llegó en su alcance el ministro de guerra don José Ignacio Zenteno a comunicarle de parte del jeneral en jefe un cambio de determinacion. Creyendo mui avanzado el dia para comprometer una batalla formal en esas condiciones, i notando ademas el cansancio de la tropa despues de dos dias de marcha forzada, San Martín habia dispuesto la reconcentracion de todas sus fuerzas i aguardar la mañana siguiente para dar a las operaciones un impulso que debia ser definitivo. Un escuadron de cazadores de la escolta, despachado bajo las órdenes del comandante don Santiago Bue-

ras para favorecer la retirada de la artillería que habia adelantado O'Higgins, cumplió puntualmente este encargo; como el ejército realista hubiera continuado replegándose a Talca, aquel valiente oficial dispersó las últimas partidas enemigas persiguiéndolas hasta las entradas de la ciudad. Bueras volvía a reunirse a los suyos en los momentos en que el sol se ocultaba en el horizonte (11).

3. Sorpresa de Cancharrayada i dispersion de una parte del ejército patriota.

3. A esas horas el ejército patriota tomaba tranquilamente posiciones al noreste de Talca. La primera division (denominada de la derecha) compuesta de cuatro batallones de infantería i de diez cañones, i mandada por el coronel don Hilarion de la Quintana, se tendió

en línea a unos dos kilómetros de la ciudad. A quinientos metros, aproximativamente, mas atras, tomó una posicion semejante la segunda division (denominada de la izquierda), compuesta de tres batallones de infantería i de once cañones, i mandada por el jeneral O'Higgins. La caballería formaba dos cuerpos convenientemente colocados; i al paso que los cuatro escuadrones de granaderos resguardaban el flanco izquierdo de esas divisiones, los cuatro escuadrones de cazadores defendian su flanco derecho. Mas atras todavia, al pié de los cerros de Baeza, esto es, a una distancia aproximada de kilómetro i medio de aquella, acampó la division de reserva, compuesta de un batallon de infantería i de doce cañones. Allí estaban el cuartel jeneral, el hospital militar i los bagajes del ejército. Aunque se permitió a los soldados tomar algunas horas de descanso para reponerse de las fatigas de los dos dias de marcha acelerada, debian conservar la formacion i tener cada cual el fusil a su lado. La luna, próxima a su plenitud, habia permitido completar estos arreglos al anocheecer, pero no dejaba ver sino mui

(11) Estas simples escaramuzas, casi sin importancia alguna, han sido contadas mas o ménos confusamente, i aun presentándolas como victorias de uno o de otro ejército. El historiador español Torrente las refiere en el lugar citado, llamándolas triunfos de las armas del rei. Por el contrario, el teniente jeneral Alaix, entónces ayudante de Osorio, las consideraba una derrota. En una biografía de aquel oficial, escrita indudablemente sobre los datos suministrados por él mismo, se leen estas palabras: "La batalla de Talca (así se llamó ese encuentro) fué un pequeño descalabro que sufrieron los realistas en la tarde del 19 de marzo, merced a la ineptitud e impericia del brigadier Osorio."—Biografía del teniente jeneral don Isidro Alaix, en los apéndices del tomo II de la obra titulada *La guerra en Navarra i provincias vascongadas* (historia de la guerra civil de España desde 1833 hasta 1839) por don M. F. M. de Várgas (Madrid, 1848).

vagamente lo que pasaba a cierta distancia (12). A las siete de la noche reinaba en el campo patriota una completa tranquilidad.

En el recinto de Talca, por el contrario, las tropas realistas estaban en activo movimiento. Al acogerse a la ciudad en las últimas horas de la tarde, llevaban el convencimiento de su inferioridad numérica i de las dificultades de su situación. Contra las ilusiones que habían abrigado al abrirse la campaña, los jefes realistas pensaban ahora que una batalla campal contra un ejército mas numeroso que el suyo, mas disciplinado i mejor provisto de lo que creía hasta entonces, no podía dejar de serles fatal. La retirada al otro lado del Maule, donde se habrían hallado en mejores condiciones para prolongar la guerra, había llegado a hacerse imposible. El permanecer encerrados en Talca, les habría permitido sostener un sitio mas o ménos largo, pero sin esperanza de alcanzar un resultado definitivo favorable, desde que no podían recibir refuerzos, i habrían de verse luego privados de los recursos mas necesarios para su mantenimiento. En esas horas de angustias i de ansiedad, el general Osorio se mostraba débil e irresoluto, persuadido de que solo la proteccion del cielo por la intervencion de la vírjen del Rosario, patrona jurada del ejército, podía salvarlo de un desastre que parecía inevitable. Ordoñez, por el contrario, siempre resuelto i animoso, sostenía que un golpe de audacia podía asegurar todavía el triunfo de las armas del rei. En la junta de guerra que celebraron apresuradamente, propuso hacer esa misma noche una salida con sus

(12) El plenilunio de marzo ocurrió ese año el día 21, razon por la cual la pascua de resurreccion cayó el 22 de marzo. Así, pues, el 19 del propio mes en que acaecian los sucesos que vamos refiriendo, era juéves santo. Por simple curiosidad debemos recordar aquí que por lo que toca a la colocacion de las fiestas movibles de la iglesia cristiana, el calendario recorre una escala de treinta i cinco días, entre aquel en que la pascua cae el 22 de marzo, i aquel en que cae el 25 de abril. Los años en que, por la observancia de las reglas astronómicas que sirven para formar el calendario, las fiestas movibles tienen por punto de partida esas fechas extremas, son sumamente raros, i el vulgo de las jentes los considera fatales, como, segun se recordará, sucedió en el año de 1886, en que la pascua ocurrió el 25 de abril. Casi no necesitamos decir que los años en que esto sucede, no se repiten periódicamente. Así, desde la introduccion del calendario gregoriano, la pascua de resurreccion no ha ocurrido el 22 de marzo mas que en los años 1598, 1693, 1761 i 1818; i no volverá a repetirse esta coincidencia hasta el año 2285, si entonces existe el mismo régimen de calendarios. En 1818, despues de los acontecimientos que vamos a contar, hubo en Chile muchas personas que creyeron firmemente que las desgracias que amenazaban a la patria, eran orijinadas por la fatalidad que, segun se suponía, acompañaba a ese año.

mejores tropas, caer de sorpresa sobre el ejército patriota, i tratar de desorganizarlo i dispersarlo por medio de un ataque vigoroso i desesperado. La mayoría de los jefes realistas aprobó ese plan calurosamente, i el mismo jeneral Osorio, sin tener una gran confianza en él i sin darle una aprobacion esplicita i ardorosa, no se determinó a rechazarlo abiertamente, persuadido tambien de que era el único medio que podia tal vez sacar a su ejército de una situacion que parecia desesperada (13). Al caer la tarde habian observado desde los campanarios de la ciudad la posición que ocupaban los patriotas, i conocian, por tanto, el punto sobre el cual debian dirigir el ataque.

La tropa, sin embargo, se hallaba fatigada despues de dos jornadas de marcha, pero conservaba el ánimo i la disciplina de los cuerpos veteranos acostumbrados a las penalidades de la guerra. «Aprovechando instantes, dice Osorio, dispuse que se le diese un pequeño descanso para que tomase pan i vino, por haber carecido en todo el dia de sustento.» A las siete i media de la noche se formaba apresuradamente, pero con todo orden i silencio, en la plaza del pueblo, i allí era distribuida en tres columnas de infantería reforzadas por los cuatro escuadrones de caballería que debian ser destinados a la persecucion del enemigo cuando se le hubiere dispersado. En lugar de Osorio, que por flojedad de ánimo o por desconfianza en el éxito de la empresa preferia quedarse en Talca, con su estado mayor i con un corto destacamento de tropas, tomó el mando de esas fuerzas el brigadier Ordoñez poniéndose a la cabeza de la columna del centro, i llevando por jefes de las otras dos al coronel Primo de Rivera i al teniente coronel La Torre. Esas tres columnas, con una fuerza total de cerca de cuatro mil hombres, debian salir cautelosamente por las diversas calles que desembocan al norte de la ciudad, i tenderse allí en una sola línea de ataque para cubrir con sus fuegos todo el campo patriota i para no embarazarse unas a otras en sus movimientos, ya que la luz de la luna era insuficiente para distinguirse i reconocerse a la distancia (14). Una ba-

(13) Segun los informes del jeneral Alaix, que sirvieron para componer la biografía ántes citada, este plan fué adoptado i puesto en ejecucion contra la voluntad de Osorio, i como un acto de insubordinacion militar contra la autoridad de este jeneral.

(14) Estas tres columnas estaban organizadas de la manera siguiente: La de la izquierda, compuesta de las compañías de granaderos i cazadores de los diversos cuerpos, tenia por jefe al teniente coronel don Bernardo La Torre; la del centro, formada por los batallones Búrgos i Concepcion i por la compañía de zapadores, era

tería de doce cañones, destinada a proteger esa operacion, quedaria colocada en línea de batalla cerca de los suburbios de Talca para contener al enemigo en el caso en que, rechazadas las columnas de ataque, tuvieran éstas que replegarse i fueran perseguidas. El brigadier Ordoñez, activo i vijilante como verdadero veterano, no habia olvidado ninguna medida de precaucion militar. Poco ántes de las ocho de la noche esas fuerzas se ponian en movimiento con todo órden i con el mas riguroso silencio.

San Martin, entretanto, habia tenido noticia, por sus espías, del movimiento de tropas que se operaba dentro de la plaza, i comprendió que éstas preparaban una salida. Calculando que esa salida se verificaria en las altas horas de la noche, creyó tener tiempo para efectuar un cambio de posicion que frustrase los proyectos del enemigo. El plan de San Martin se reducía a colocar su ejército al norte de Talca, entre esta ciudad i el río Lircaí, distribuido en tres grandes cuerpos que se situarian a moderadas distancias uno en pos de otro, formando así tres líneas paralelas tendidas de oriente a poniente. Este movimiento, que podia ejecutarse en una o dos horas, habria dejado desierto el campo sobre el cual dirijirian su ataque los realistas, de manera que la tentativa de éstos no produciria otro resultado que el de fatigarlos con una marcha infructuosa i aun esponerlos, si regresaban a la ciudad despues de amanecer, a verse atacados por el flanco, i seguramente envueltos i destrozados por el ejército patriota.

Persuadido de las ventajas de ese plan, San Martin dispuso que el mayor de ingenieros don Antonio Arcos fuera a comunicar prontamente sus órdenes a las dos divisiones del ejército que estaban mas inmediatas a Talca, i que les señalase la nueva posicion que debían ocupar. La primera division (denominada de la derecha), mandada, como sabemos, por el coronel Quintana, ejecutó ese movimiento con toda tranquilidad i sin hallar inconveniente alguno, i quedó colocada en línea a unos tres kilómetros al norte de la ciudad, apoyando su derecha en el camino público que conducía a Santiago. Una compañía de fusileros aguerridos a cargo del capitán don Roman A. Dehesa, se situó unos doscientos metros mas adelante para dar la señal de alarma al menor indicio de proximidad del enemigo. Apenas terminado este arreglo, Arcos volvió al primer campo que habia ocupado

mandada personalmente por el brigadier Ordoñez: i la de la derecha, compuesta por los batallones Infante don Carlos i Azequipa, lo era por el coronel don Joaquín Primo de Rivera.

el ejército, para dirigir el movimiento del segundo cuerpo, que, como ya dijimos, estaba situado quinientos metros mas atras.

A las ocho i media de la noche comenzaba éste a prepararse para efectuar ese cambio de posicion. El jeneral O'Higgins, que la mandaba, habia tomado apresuradamente las medidas de precaucion que parecian aconsejarle las circunstancias, para evitar el ser sorprendido mientras se efectuaba aquel movimiento. Hizo prender grandes fogatas en las cercanías de Talca para que la luz de las llamas le permitiese distinguir cualquier amago del enemigo. Adelantándose personalmente hasta los suburbios mismos del pueblo, colocó allí una guerrilla de treinta granaderos a caballo para que al menor ruido de marcha de tropa diera la señal de alarma. Regresaba para ponerse a la cabeza de su division cuando fué alcanzado por un vecino de Talca que llegaba a la carrera i casi sin aliento. «Permaneció éste algunos minutos sin poder hablar, dice el mismo O'Higgins en su diario de esta campaña; pero así que pudo pronunciar algunas palabras, nos informó de que todo el ejército realista estaba formado en la plaza, i de que, segun se decia, iba a salir para atacar a los patriotas.» Habiendo transmitido a su campo esa noticia por medio de uno de sus ayudantes con la orden de formar la tropa i de apercibirla para la defensa, O'Higgins quiso reconocer de nuevo los puestos de avanzada. En ese momento se oyó una descarga de carabinas. Era la partida de granaderos que rompía sus fuegos sobre la primera columna realista para dar la señal de alarma, replegándose en seguida apresuradamente sobre su línea. Pocos minutos mas tarde, la compañía del capitán Dehesa daba tambien a la primera division la señal de alarma, rompiendo el fuego sobre el flanco izquierdo de la columna realista. En todo el campo patriota se hizo sentir en el momento la ansiedad consiguiente a la expectativa de un ataque que iba a empeñarse en las circunstancias ménos favorables para resistirlo, cuando el movimiento iniciado por el ejército habia separado por una distancia relativamente considerable sus dos cuerpos principales, i cuando la oscuridad de la noche no permitia distinguir claramente la posicion que ocupaba cada una de ellos, ni combinar las operaciones para la defensa.

Las columnas realistas seguian marchando con todo orden i regularidad, sin contestar siquiera las primeras descargas de las avanzadas enemigas. Se dirijian a paso de carga sobre el sitio en que en la tarde habian visto acampado al ejército patriota; i sin conocer el movimiento efectuado por la primera division, fueron a enfrentarse con la segunda en los momentos en que ésta habia comenzado a moverse

para cambiar de posición. La confusión i la inquietud cundían por todas partes en el campo patriota. Las voces de alarma, el ruido de las primeras descargas hechas en dos puntos distantes el uno del otro, i el galope de los caballos de las avanzadas que volvían a reunirse al ejército, hacían presentir un ataque jeneral contra el cual no podía defenderse aquella sola división. En pocos instantes, la dispersión tomó proporciones precursoras de un desastre. Los artilleros del ejército de los Andes que resguardaban el flanco derecho, sobrecojidos por el pánico, abandonaron sus cañones, i se entregaron a la fuga (15). Las fuerzas de caballería se habían desordenado también, i al fin en el campo del combate no quedaba más que un centenar de jinetes mandados por el teniente coronel Bueras, por el sarjento mayor don Benjamin Viel i por el capitán Boile. En medio del desorden, habían desaparecido también el mayor de ingenieros don Antonio Arcos i sus ayudantes, encargados, como dijimos, de dirigir el cambio de posiciones del ejército.

El jeneral O'Higgins, sin embargo, había conservado su resolución i su entereza. Alentando a los suyos con la palabra i con el ejemplo, consiguió formar su línea, i cuando sintió acercarse las fuerzas enemigas, rompió sobre ellas un nutrido fuego de fusil. Esas primeras descargas costaron a los realistas dolorosas pérdidas, i entre ellas las de un comandante de batallón i las de algunos oficiales. Por un momento se sintió vacilar la columna agresora; pero repuesta luego del estupor, i alentada por Ordoñez i por los otros jefes, acortó la distancia i empeñó el combate con mayor empuje. La resistencia de los patriotas, que en fuerza de la desproporción numérica habría sido muy difícil sostener en pleno día, era imposible en medio de la confusión i de la oscuridad de la noche. La división de O'Higgins, formada por tres batallones de infantería, se vió luego reducida a uno solo, el número 3 de Chile, que parecía destinado a un sacrificio seguro.

En efecto, el batallón de cazadores de los Andes, que ocupaba la

(15) En las *Memorias* del jeneral Miller cap. VII, refiriéndose estos mismos hechos muy compendiosamente, se cuenta que aquel oficial, que servía en el rango de capitán de artillería del ejército de los Andes, ayudado por un alférez apellidado Moreno, joven de dieziseis años, se obstinó en salvar dos cañones; pero que, herido este último, tuvo que abandonar una de esas piezas, i luego le fué forzoso abandonar la otra en medio de la confusión. No dudamos de la exactitud de este rasgo de valor de parte de un militar que cumplió siempre con bizarría i denuedo todos los deberes de su cargo; pero el hecho es que en esa jornada se perdió toda la artillería del cuerpo en que servía Miller.

izquierda de la línea atacada, i el número 2 de Chile, que estaba a la derecha, llegaron a persuadirse de que todo estaba perdido; i por movimientos bien ejecutados, a pesar de la confusion i de la oscuridad, fueron a reunirse a la division del coronel Quintana, el primero dando un rodeo a espaldas del enemigo, i el segundo haciendo una conversion por su flanco. Esta operacion, dirijida respectivamente por el teniente coronel don Rudesindo Alvarado, comandante del primero de esos cuerpos, i por don José Rondizzoni, sarjento mayor del segundo, salvó a esas tropas de ser disueltas en la confusion.

La resistencia no podía prolongarse largo tiempo. El batallon número 3 de Chile, que ocupaba el centro de la division patriota, i contra el cual habia sido dirijido el impulso mas vigoroso del ataque, alentado por su valiente comandante don Agustin Lopez, se mantuvo firme en su puesto cuanto le fué dable. Antes de mucho rato habia sufrido la pérdida de cerca de un tercio de su tropa entre muertos i heridos, i luego se halló envuelto por todos lados, i roto en varios puntos de su línea. El jeneral O'Higgins, cuyo caballo habia sido muerto de un balazo en las primeras descargas del combate, acababa de montar otro que le presentaba uno de sus ayudantes, cuando recibió una herida de bala que le fracturó el bra o derecho. Hubo un instante en que, empeñado todavia en medio de la confusion en contener a los dispersos para hacerlos volver a la pelea, se halló rodeado de enemigos i se creyó que habia caído prisionero; pero socorrido por el comandante Bueras i por el mayor Viel, fué arrancado del sitio del desastre i llevado en medio de los pelotones de soldados al sitio que ocupaba el cuartel jeneral, al pié del cerro Baeza.

San Martin se hallaba allí desesperado en presencia de un descalabro que parecia definitivo i que nada ni nadie podia evitar. El tumulto del combate, las carreras de los fujitivos, la dispersion de las bestias de carga que estaban al servicio del parque i de los bagajes, habian introducido una alarma indescriptible en la pequeña division de reserva. Formada ésta, como sabemos, de un solo batallon de infantería (el número 8) i de doce cañones de artillería de Chile a cargo del sarjento mayor don José Manuel Borgoño, era del todo insuficiente para contener el ataque de las columnas realistas que avanzaban en són de vencedores, i mas aun para restablecer algun orden en la oscuridad, que no permitia distinguir los amigos de los enemigos en los grupos de soldados que corrian en diversas direcciones. Sin embargo, la entereza de carácter i la frialdad de su razon no abandonaron del todo a San Martin. Por un rato habia creído posible organizar en ese punto una vigorosa

resistencia; pero las primeras descargas de sus soldados ofendian igualmente a los patriotas dispersos i a los realistas que los perseguian, aumentando así el pánico jeneral i los estragos del desastre. En medio de aquella espantosa confusion, en que los mismos destacamentos realistas no podian reconocerse entre sí, llegando a hacerse fuego unos a otros, segun referian mas tarde algunos de sus oficiales, San Martin vió caer a su lado a uno de sus ayudantes, don Juan de Dios Larrain, con el pecho atravesado por una bala de fusil. Cuando conoció que la dispersion era jeneral i que la derrota se hacia inevitable, dispuso la retirada de las pocas tropas que lo acompañaban, tomando al efecto el mismo camino que el ejército habia traído aquella tarde, i ordenando el trasporte de la porcion del parque que fuera posible salvar de caer en manos del enemigo. El mayor Borgoño, encargado de esta operacion, desplegó en esas circunstancias una notable actividad, haciendo arrastrar a brazo de hombres algunos de sus cañones, por ser insuficientes las mulas que fué posible recojer en medio del desorden i de la dispersion.

Los cuerpos realistas, orgullosos con la victoria i deseosos de dispersar completamente a los patriotas, los persiguieron con la mas porfiada obstinacion por espacio de cerca de tres leguas, hasta las orillas del rio Lircai. En su retirada, algunos destacamentos de estos últimos volvian cara sobre las partidas enemigas que se avanzaban en la persecucion; i mas de una vez consiguieron desorganizarlas. El brigadier Ordoñez, que se habia adelantado con la compañía de zapadores del ejército realista, estuvo un momento en gran peligro de ser batido i tal vez de caer prisionero, i debió su salvacion al oportuno auxilio de otro cuerpo de tropas que marchaba mas atras. En las orillas del Lircai se renovó todavia aquella desordenada lucha; pero los patriotas, despues de un corto tiroteo, se dispersaron en pequeñas partidas, i pasando el rio por diversos puntos, burlaron a sus perseguidores. El jeneral O'Higgins, acompañado por algunos oficiales, se habia reunido al parque de artillería que se retiraba del teatro del combate. Guiado por el coronel de milicias de San Fernando don José María Palacios, fué a buscar paso por un sitio apartado de todo camino, a donde, por esto mismo, no habian llegado los enemigos. Pero, a causa de las barrancas que en ese sitio formaba el rio, era imposible trasportar toda la artillería, i fué necesario abandonar algunos cañones, cuidando de enterrarlos en el suelo para que no cayeran en poder de los vencedores. Una vez en la orilla norte del Lircai, O'Higgins se detuvo allí cerca de dos horas, reuniendo a muchos de los dispersos, i libre ya de la persecu-

cion del enemigo, siguió con los suyos la retirada a Quechereguas, donde creia posible reorganizar las tropas salvadas del desastre.

Mientras tanto, la primera division del ejército independiente se hallaba intacta en la misma situacion que se le habia dado al norte de Talca antes del ataque de los realistas. Compuesta, como sabemos, de cuatro batallones de infantería y de la seccion de la artillería que mandaba personalmente el teniente coronel Blanco Encalada, esa division se habia engrosado todavia con otros dos batallones que, segun contamos ántes, se habian desprendido de la division de O'Higgins, i llegó a contar cerca de tres mil i quinientos hombres (16). El coronel don Hilarion de la Quintana, comandante jeneral de esas fuerzas, se habia apartado de ellas en los primeros momentos del combate para ir a pedir órdenes al cuartel jeneral; i arrastrado por la dispersion que aquí se hacia sentir, no habia vuelto a su campo. En ausencia de éste, los comandantes de los otros cuerpos reconocieron por jefe de la division al coronel don Juan Gregorio de Las Heras, que unia a su mayor graduacion una probada esperiencia militar. En otras circunstancias, esto es, si el ataque de los realistas se hubiera empeñado a la luz del dia, esa division habria decidido en favor de los patriotas la suerte de la jornada. Le habria bastado avanzar unos cuantos centenares de metros para caer sobre el flanco izquierdo del ejército realista, i aprovechar esa situacion para destrozarlo sin grandes dificultades i para impedirle que sus restos pudieran replegarse a Talca. Las Heras, que no habia recibido órdenes ni instrucciones de ninguna clase, i que, ademas, no podia percibir en la noche sino vaga i confusamente los movimientos del enemigo, no se resolvió a emprender un ataque que en esas condiciones habria sido mui aventurado, i se limitó a mantener sus tropas en estricta formacion, teniéndolas así listas para rechazar cualquiera agresion del enemigo. Los jefes realistas que, al parecer, ignoraban que se hallase al norte de Talca una division patriota, no intentaron ataque alguno por esa parte.

Despues de la agitacion i del bullicio del combate, en las primeras

(16) Para la mas fácil intelijencia del lector, enumeraremos aquí de nuevo las fuerzas de que se componia esta division. Eran éstas los batallones 7 i 11 de los Andes, los cazadores de Coquimbo i el número 1 de Chile, i una seccion de diez cañones del ejército de Chile. Los cuerpos de la division de O'Higgins que fueron a reunirse a aquélla, eran el número 2 de Chile i el de cazadores de los Andes. Cuando éste llegaba a reunirse a la primera division, fué desconocido en el primer momento, en medio de la oscuridad, i estuvo en peligro de ser recibido a balazos.

horas de la noche, la calma i el silencio comenzaban a reinar en el campo que habia sido teatro del combate. Las columnas realistas que habian perseguido a los patriotas hasta las orillas del Lircai, regresaban a Talca a media noche, ufanas con la victoria, i dejando solo algunos destacamentos para el cuidado del botin, que pensaban recojer en la mañana siguiente. Habiéndose informado por sus exploradores de la dispersion total de las demas fuerzas patriotas, Las Heras, de acuerdo con los jefes que estaban bajo sus órdenes, dispuso la retirada de su division para salvarla de una derrota inevitable si en la mañana siguiente era atacado por todo el ejército realista. «Dí la órden de que se guardase en la línea un silencio profundo, dice él mismo en una minuciosa relacion de aquellos sucesos, porque noté que como a doscientas varas me observaban dos cuerpos enemigos, i que ya dos veces me habian dado el ¡quién vive! Procuré informarme del estado de servicio en que se hallaban las diez piezas de artillería volante que tenia a mi derecha; i como su comandante Blanco Encalada me dijese que no tenia un tiro por haber consumido en la tarde su dotacion, sin haber podido reemplazarla en la noche, conocí entónces lo mui difícil de mi posicion, falto del servicio de esta arma i del de la caballería, pues toda se habia desbandado por el otro camino. En consecuencia, formé una columna jeneral en masa de todos los cuerpos, poniendo a la cabeza la artillería para salvarla, i a la retaguardia el batallon de Cazadores de los Andes para que cubriese la retirada. Nos pusimos en marcha a las doce i tres cuartos de la noche; i ya por los tiros que se sentian a mi retaguardia como por los partes que se me pasaban, supe que un escuadron enemigo me siguió hasta las orillas del Lircai; pero habiendo tomado posicion la columna en la márjen derecha, se retiró aquél contentándose con recojer algunos soldados dispersos.» Desde entónces, la marcha de esa division, aunque rápida, fué mucho mas tranquila i ordenada. Al amanecer del día 20 de marzo, se hallaba Las Heras en Pelarco, i a las nueve de la mañana llegaba a Camarico, donde pudo dar a su tropa una hora de descanso. Desde allí envió al jeneral en jefe noticia cabal del estado de la division. Aunque ésta habia perdido en la marcha cerca de quinientos hombres entre desertores i rezagados, contaba tres mil que, a pesar del cansancio i la fatiga, se mostraban resueltos i animosos; i ellos podian ser la base de la reorganizacion del ejército patriota (17).

(17) Los documentos oficiales referentes a la sorpresa de Cancharrayada, son de tal manera sumarios al referir el combate, que no dan mas que una vaga noticia de

4. San Martín i O'Higgins llegan a San Fernando i comienzan a reconcentrar sus tropas.
4. La sorpresa de Cancharrayada habia sido un gran desastre de las armas independientes; i por sus consecuencias materiales i morales, parecia anunciar el triunfo inmediato i definitivo de la causa del rei. Si bien los patriotas no dejaban en el campo mas que unos trescientos hom-

lo que ocurrió en él. El parte oficial de Osorio al virrei del Perú, escrito en Talca el 21 de marzo, aunque estenso, se contrae principalmente a los otros accidentes de la campaña, i solo destina al combate unas cuantas líneas, si bien se detiene en señalar las ventajas materiales i morales alcanzadas por la victoria. El parte de San Martín, escrito en San Fernando el mismo día 21 de marzo, i dirigido al gobierno delegado de Santiago, es, como se verá mas adelante, sumamente breve, i se ocupa principalmente en referir la reorganizacion que se estaba operando en el ejército; i aunque mas tarde, en el parte oficial de la batalla de Maipo, consignó noticias mas estensas sobre la jornada de Cancharrayada, ellas son insuficientes para hacerla conocer.

Para nuestra relacion hemos tenido que recojer informaciones en otras fuentes que, como se verá, son autorizadas i dignas de todo crédito. La primera de ellas es una relacion en forma de diario de la campaña, en inglés, i en un borrador que nos ha costado bastante trabajo interpretar, escrita por el jeneral O'Higgins, para el uso de don Juan Thomas i tal vez traducida por éste, que, como hemos dicho antes, estaba preparando en Lima una historia de los sucesos de la revolucion de Chile, que apenas alcanzó a bosquejar. Es la segunda una relacion de toda esta campaña escrita en 1841 por el jeneral Las Heras para el uso de don Claudio Gay, que le pedia datos sobre estos sucesos para utilizarlos en la preparacion de su *Historia de Chile*. Esta relacion, de que poseemos una copia que nos dió el mismo jeneral en 1856, nos ha servido particularmente para referir la retirada del ejército hasta su arribo a Santiago. Los informes verbales que nos suministraron algunos testigos i actores en aquella jornada, aumentaron nuestro caudal de noticias; pero no habríamos podido completarlas i darles la conveniente claridad, sin el plano del campo de batalla i de los movimientos de las tropas, que formó el hábil ingeniero Bacler d'Albe, i que nos ha servido para hacer dibujar, en una escala mucho menor, el que acompaña a estas páginas de nuestra *Historia*. Creemos que la vista de ese plano basta para que el lector comprenda perfectamente la prolija descripcion del combate que acabamos de hacer.

El historiador español don Mariano Torrente, en la obra i lugar citados, escribiendo en vista de los informes que le suministraban algunos de los oficiales realistas que hicieron esta campaña, ha hecho una relacion incompleta i poco clara de la sorpresa de Cancharrayada; pero ha consignado ciertos rasgos que ayudan a darla a conocer.

Estudiando en años pasados estos mismos sucesos, preguntamos a muchos de los testigos i actores de esta jornada, si aquella noche era oscura o de luna. Los informes que se nos dieron eran contradictorios, lo que revelaba la confusion o la fragilidad de los recuerdos; i al paso que algunos nos decian que esa noche era perfectamente oscura, otros sostenian que reinaba una claridad insuficiente, sin embargo, para distinguir lo que pasaba a media cuadra de distancia. Solo mas tarde se nos ocurrió

bres, entre muertos i prisioneros (18), habian perdido mas de la mitad de su artillería, casi todos sus bagajes i municiones que quedaban tirados en el sitio que habia ocupado el cuartel jeneral, i un número considerable de bestias de carga que se habian dispersado en el campo en medio del desórden i la confusion. Todo aquello podia repararse en pocos dias, haciendo llevar de Santiago las armas i municiones que se guardaban en la maestranza; pero lo que parecia imposible reparar era el espíritu de la tropa, desmoralizada por el pánico i por el convencimiento de que el desastre era absoluto i definitivo. Algunos oficiales de ánimo levantado, desde que se hallaron al norte del Lircai, habian hecho esfuerzos increíbles para contener a los dispersos que seguian desordenados por los caminos que conducen a la capital, o que trataban de ocultarse en los campos vecinos, pero solo consiguieron reunir pequeños grupos a los cuales era difícil infundir alguna serenidad.

Aquella misma noche del desastre i a corta distancia del rio Lircai, se reunieron San Martín i O'Higgins; i en torno de ámbos se fueron juntando algunos jefes i oficiales de diversos rangos. «En la mañana del 20 de marzo, ántes de amanecer, dice el primero de ellos, me encontré con el jeneral Brayer. Yo acompañaba a O'Higgins gravemente herido. Los agudos dolores que éste experimentaba lo hacian marchar

comprobar por el cálculo el estado de la luna esa noche, i entónces hallamos, como dijimos en una nota anterior, que estaba próxima al plenilunio, que se verificó dos dias despues.

(18) No existe, en realidad, una noticia exacta de las pérdidas efectivas que sufrieron los patriotas en este descalabro. «La pérdida del enemigo, dice el parte oficial de Osorio, no ha sido posible averiguarla a punto fijo por estar sembrado de cadáveres el espacio de cuatro leguas en todas direcciones.» Segun el historiador Torrente, en el lugar citado, los patriotas tuvieron quinientos muertos i un número proporcionado de heridos. San Martín, por otra parte, no señala la pérdida que habia sufrido su ejército, porque le era imposible hacerlo sin peligro de contar entre los muertos a los numerosos dispersos que no volvieron a juntarse a sus cuerpos. Segun nuestros informes, los muertos no alcanzaron a trescientos, i los prisioneros que quedaron en poder de los realistas, no pasaban de cuarenta. Entre los contados por muertos habia dos oficiales, don Juan de Dios Larrain i Aguirre, ayudante de San Martín, que murió efectivamente, i don Juan Elde, ingles de orijen i teniente segundo del batallón número 8, que quedó tirado en un zanjón con once heridas. Recojido de entre los muertos a la mañana siguiente por un campesino llamado Francisco Moya, i trasportado por éste a un bosquecillo situado a dos leguas del campo de batalla, donde se le pudo curar, se halló sano mes i medio mas tarde. Véanse sobre este incidente i sobre el premio que se concedió a Moya por este rasgo de humanidad, los documentos publicados en la *Gaceta ministerial* de 30 de mayo de 1818.

a un paso muy lento. Yo no podía abandonar a un amigo i a un jefe de Chile en aquella situacion. Brayer lo hizo vergonzosamente al poco rato de estar con nosotros (19).» A las seis de la mañana, San Martín i O'Higgins llegaban a Quechereguas, i allí, sin darse siquiera una hora de descanso, pudieron recojer algunas noticias sobre el estado del ejército i dictar las primeras medidas para su reorganizacion. En ese lugar se habian reunido mas de trescientos hombres de los diversos cuerpos; pero se sabia que habian pasado adelante numerosas partidas de tropa, especialmente de caballería, en dispersion mas o ménos completa. Se supo tambien, pero con ménos certidumbre, que la primera division, engrosada con otros dos batallones que se habian separado de la segunda, se retiraba ordenadamente al mando del coronel Las Heras, i que seguramente en la tarde de ese mismo dia llegaria a Quechereguas.

Estas noticias, por vagas i confusas que fueran todavia, dejaban ver que el desastre no era irreparable, si se utilizaban con actividad i con intelijencia los elementos de que se podía disponer. O'Higgins, con una fe inquebrantable en el triunfo de la patria, propuso allí que se estableciera en Quechereguas el cuartel jeneral de los patriotas; que se despacharan en todas direcciones oficiales de confianza a recojer los dispersos, i que agregados éstos a la division que traía Las Heras, se esperase a pié firme al ejército español, que, aunque vencedor en Cancharrayada, habia sufrido indudablemente esa noche pérdidas crecidas. San Martín, siempre prudente e inclinado a no aventurar empresa alguna en que las probabilidades de triunfo fuesen dudosas, impugnó el plan del director supremo, sosteniendo que el ejército patriota, disminuido por la dispersion, escaso de municiones i dominado por el pánico consiguiente a la derrota, no podría presentarse en línea de batalla ántes de algunos dias, cuando hubiese recibido los socorros que necesitaba i retemplado su espíritu. En consecuencia de estas observaciones, se acordó allí mismo despachar inmediatamente al coronel de granaderos a caballo don José Matías Zapiola a ocupar sin tardanza el puesto de Chimbarongo para reunir los dispersos que marchaban

(19) Tomamos estas palabras de la contestacion dada por San Martín desde Mendoza en octubre de ese mismo año, i publicada poco despues en Buenos Aires, a una esposicion del jeneral Brayer sobre sus servicios en Chile, piezas ámbas de que daremos noticias mas adelante. El hecho de la fuga de Brayer en esas circunstancias está confirmado por los jefes del ejército en la contestacion que dieron en su manifiesto, i que se publicó en Santiago en diciembre del mismo año.

adelante, i encargar al coronel Las Heras que acelerase cuanto le fuese posible la marcha de las tropas salvadas del desastre, evitando a todo trance el empeñar combate alguno contra las tropas que intentasen molestarlo en su retirada. Impartidas estas órdenes a toda prisa, San Martín i O'Higgins continuaron su marcha hácia el norte, i a las tres i media de la tarde llegaban a Chimbarongo.

«Allí recibimos, dice el diario de O'Higgins, una comunicacion del coronel Zapiola en que avisaba que se habia adelantado hasta San Fernando i que habia señalado este pueblo para punto de reunion, pues habia visto que muchos dispersos llegaban hasta allí ántes de saber la órden de reunirse en Chimbarongo. El coronel Zapiola mereció un elogio especial por el buen juicio i por la actividad que desplegó en esta ocasion. En estos trabajos fué perfectamente secundado por el coronel don José María Palacios, de las milicias de San Fernando, cuyo conocimiento del país le permitió no solo efectuar la retirada regular de su rejimiento, sino tambien salvar un número considerable de infantes, poniéndolos a la grupa de sus caballos. Sus esfuerzos impidieron la fuga de muchos centenares de soldados.» Otros jefes patriotas, el jeneral Balcarce i el coronel Freire, sobre todo, que se habian adelantado hasta San Fernando, se habian ocupado tambien con todo empeño i con no poca fortuna, en reunir i en acuartelar dispersos hasta formar una columna ordenada i respetable.

En Chimbarongo se detuvieron los dos jenerales tres horas enteras a fin de dictar las órdenes mas premiosas de reunir caballos i víveres para el ejército. Hasta entónces O'Higgins no habia podido prestar a su herida otra atencion que la de vendarse el brazo con un pañuelo. Sufriendo agudos dolores, i sintiendo los síntomas de una fiebre consiguiente a veinte horas de marcha en esas condiciones, su espíritu se habia hecho superior hasta entónces a los padecimientos físicos; pero la pérdida de sangre comenzaba a postrarlo. En Chimbarongo, donde encontró al cirujano en jefe don Diego Paroissien, recibió la primera curacion; i si bien supo entónces que la herida era una fractura simple de que podia sanar sin amputacion, supo tambien que necesitaba atenderla i tomar algun reposo, i que ántes de algunos meses no recobraría el uso cabal de su brazo derecho (20). Aquella misma tarde seguía con San

(20) En un fragmento del diario del cirujano Paroissien se cuenta este incidente con un rasgo que merece recordarse. Refiere que a consecuencia de la pérdida de sangre i de la fatiga consiguiente a una marcha de veinte horas en esas condiciones, O'Higgins tenía un aspecto cadavérico, i que su rostro, ordinariamente sonrosado,

Martin su viaje a San Fernando, i llegaban a este pueblo a las nueve de la noche.

Allí los esperaban Balcarce i Freire con mas de mil soldados que habian conseguido reunir. Zapiola se habia adelantado hasta Rancagua para contener a los dispersos. La situacion, aunque difícil i complicada en extremo, principiaba a presentarse bajo un aspecto mas favorable. Despues de tomar algunas horas de descanso, San Martin i O'Higgins pasaron al amanecer del día 21 de marzo una revista a las tropas reunidas en San Fernando, i pudieron convencerse de que comenzaba a restablecerse la regularidad en el servicio militar. Las noticias que entónces llegaban de la retirada de la primera division, eran tambien satisfactorias i mucho mas esplicitas. Desde allí pudo comunicar San Martin ese mismo dia al gobierno de Santiago, que si la jornada de la noche del 19 de marzo habia producido una deplorable dispersion del ejército de la patria, éste habia comenzado a reconcentrarse i contaba ya con cerca de cuatro mil hombres, a cuya cabeza pensaba retirarse a Rancagua. En su parte oficial, escrito con la sobriedad que le era característica, no trataba de atenuar la gravedad del desastre ni exajeraba con palabras ni con promesas los medios con que se proponia repararlo; pero dejaba ver en su mismo laconismo la confianza que tenia en el éxito definitivo de la campaña (21).

mostraba una alarmante palidez. Observando sus facciones desencajadas i sus ojos abatidos, el cirujano Paroissien, que conocia el vigor físico de O'Higgins, llegó a creer que la preocupacion del desastre lo habia puesto en ese estado, i trató de confortarlo diciéndole que no estaba todo perdido, i que aun en caso de un nuevo descalabro, era fácil retirarse a Mendoza para crear otro ejército. «Eso nó, dijo O'Higgins. Mientras yo viva i haya un solo chileno que quiera seguirme, haré la guerra en Chile al enemigo. Basta con una emigracion.»

(21) Hé aquí el parte íntegro: «Excmo. señor supremo director delegado.—Campado el ejército de mi mando a las inmediaciones de Talca, fué batido entre nueve i diez de la noche de anteayer, por el enemigo que se hallaba concentrado en aquella ciudad. Éste sufrió una pérdida doble respecto del mio entre muertos i heridos, i el nuestro una dispersion casi jeneral que me obligó a retirarme a esta villa, donde me hallo reuniendo mis tropas con feliz resultado, pues yo cuento cerca de cuatro mil hombres desde Curicó a Pelequen, entre la caballería i los batallones Cazadores de Chile i de los Andes, número 1, número 11 i número 7, hallándose, tambien por otra parte, el comandante del número 8 reuniendo su cuerpo; i espero mui luego juntar toda la fuerza i seguir mi retirada hasta Rancagua. La premura del tiempo i las atenciones que demanda esta laboriosa i pronta operacion, no me permiten dar a V. E. un parte individual de lo acaecido; pero lo haré oportunamente, anunciando por ahora que, aunque perdimos la artillería de los Andes, conservamos la de Chile.—San Fernando, 21 de marzo de 1818.—José de San Martin.»

5. Feliz retirada de una gruesa division del ejército patriota a cargo del coronel Las Heras. 5. La retirada de la primera division del ejército patriota es una de las operaciones mas acertadas i felices de aquella campaña. La circunstancia de poseer una relacion escrita por el mismo jefe que la mandaba, nos permite conocerla casi en sus menores accidentes.

Contamos mas atras que el 20 de marzo a las nueve de la mañana, habia llegado aquella division a Camarico. Despues de tomar allí una hora de descanso, se ponía de nuevo en marcha con tan rara fortuna que a corta distancia encontró algunas mulas que andaban dispersas i cargadas de municiones de artillería que fueron utilizadas para proveer a los cañones de Blanco. «Con este auxilio, dice Las-Heras, mandé formar un cuadro de columnas, fortifiqué los flancos i retaguardia con la artillería; i ademas lo hice cubrir por una línea de tiradores. Así continué mi retirada, hasta que a las cinco de la tarde llegué a Quechereguas, donde acampé.» Al efecto, colocó sus tropas en las espaciosas casas de la hacienda, cubriendo las avenidas con infantería i artillería, i colocando el batallon número 11 sobre los techos para rechazar cualquier ataque; i aunque apénas pudo procurarse algunos víveres para satisfacer escasamente el hambre de sus soldados, lograron éstos seis horas de descanso para reponerse de las fatigas consiguientes a tres dias de marchas i contramarchas ejecutadas con extraordinaria rapidez. A las doce de la noche, favorecida por la luz de la luna, la division se ponía de nuevo en movimiento, i al amanecer del dia siguiente, 21 de marzo, se hallaba al norte del rio Lontué. Deseando acortar el camino, i queriendo ademas evitar la desercion que sus tropas podían sufrir en su paso por los pueblos, Las-Heras se abstuvo de entrar a Curicó; pero hizo recoger por un oficial de confianza, el capitán Dehesa, las armas que allí habian dejado los dispersos. En su marcha encontró una partida de bueyes de propiedad del gobierno, que fueron destinados a reemplazar a los caballos en la conduccion de la artillería, i algunas manadas de ovejas que sirvieron para la manutencion de las tropas.

Aquella marcha, ejecutada con toda rapidez i con una notable regularidad, habia impuesto a ese jefe el deber de cumplir con inflexible rigor las prescripciones que en tales casos autoriza el réjimen militar. El cansancio en unos, el desaliento en otros, estimulaban a muchos soldados a la desercion, i lo que era mas peligroso, a actos de insubordinacion, que en esas circunstancias habrian sido funestos, i que era indispensable reprimir con mano firme. El coronel Las Heras, acostumbrado a la disciplina militar i ademas empeñado en salvar esa si-

tuacion, se vió en la necesidad de hacer fusilar unos cuantos soldados, i consiguió así mantener el órden en su division e impedir o minorar la desercion, que sin esos dolorosos escarmientos habria tomado alarmantes proporciones. Continuando su marcha con toda la actividad posible, la division acampaba a las doce del dia en Chimbarongo; i su comandante se adelantaba en seguida hasta San Fernando a dar cuenta al jeneral en jefe de las ocurrencias de su marcha, i a recibir las órdenes que pudieran convenir para operar la concentracion de todo el ejército.

Ya entónces comenzaba a cambiar considerablemente la situacion en el cuartel jeneral. Como se recordará, los cuerpos que mas sufrieron en el combate de Cancharrayada, fueron el número 3 de Chile i el número 8 de los Andes. Este último, que formaba la reserva i que se dispersó completamente, estaba reorganizándose a gran prisa en San Fernando por diligencia de su comandante don Enrique Martinez que con suma actividad reunia los soldados, buscándolos en todos aquellos contornos. El primero de ellos (el 3 de Chile), que en realidad era el único que aquella noche opuso una formal resistencia al enemigo, habia perdido un tercio de su tropa; pero su valiente comandante don Agustin Lopez consiguió reunir la mayor parte de los dispersos, i esperaba completarlo con la recluta que estaba acuartelada en la capital. Los cuerpos de caballería se reorganizaban igualmente, i comenzaban a prestar servicios efectivos. El teniente coronel don Santiago Bueras, a la cabeza de un escuadron de cazadores de la escolta, se habia establecido a orillas del rio Tinguiririca, i desde allí despachaba pequeñas partidas para observar la marcha de la primera division i para estar en acecho de los movimientos del enemigo. Al acercarse a ese rio, Las Heras encontró las avanzadas patriotas, i pudo arreglar con el comandante Bueras las medidas de precaucion que convenia tomar para hacer útil i efectivo ese servicio.

Al anochecer del dia 21 de marzo, entraba Las Heras a San Fernando. Los informes que comunicaba acerca de su retirada i del estado de la division que habia quedado en Chimbarongo, colmaron de satisfaccion a los demas jefes patriotas. Contaba, sin embargo, Las Heras que los soldados de aquella division creian que los demas cuerpos del ejército habian sido completamente destrozados, que San Martin habia muerto en el combate, o que a lo ménos estaba gravemente herido. Para desvanecer estos rumores, que producian la perturbacion i la desconfianza en la tropa, i para imponerse por sí mismo del estado de las fuerzas con que podia contar en adelante, el jeneral en jefe re-

solvió ir a inspeccionarlas por sí mismo. En la mañana siguiente (22 de marzo, domingo de pascua de resurreccion), cuando los soldados oían la misa que uno de los capellanes de ejército les decia en un altar improvisado, se presentó San Martín en el campamento de Chimbarongo. Allí mismo pasó a las tropas una revista militar, felicitó a los jefes i oficiales por la subordinacion que habian observado en aquella penosa retirada, i dirijió a la tropa palabras de aliento que produjeron un entusiasmo indescriptible. Los soldados, apénas repuestos de las fatigas de la marcha, prorrumpian en ¡vivas! atronadores que dejaban ver que en sus pechos renacia la confianza. En la misma mañana dispuso el jeneral en jefe que el comandante Blanco se adelantase con la artillería en marcha para la capital, i sancionando la designacion de Las Heras para el mando de la division, le encargó que continuase su retirada con el mismo orden, evitando todo combate con las partidas enemigas que podian quizá aparecer por su retaguardia. Pocas horas mas tarde regresaba a San Fernando lleno de esperanza en que podia reparar con una victoria completa i definitiva el inesperado desastre que habia puesto a la patria al borde de su ruina.

6. Pavor producido en Santiago por la noticia del desastre de Cancharrayada.

6. Los pobladores de la capital i de las otras ciudades o aldeas situadas al norte del teatro de las operaciones militares, vivian desde principios de marzo en la mas inquietante expectativa. En todas partes se tenia una confianza casi absoluta en el triunfo de las armas patriotas; pero se creía que para ello eran indispensables una o mas batallas que podian ser sangrientas i terribles, i recursos extraordinarios para sostener al ejército que se hallaba en campaña. Así en la capital como en los otros pueblos se recogian donativos en dinero, en caballos, en ganados i en especies diferentes para satisfacer esas necesidades. Algunos de los vecinos mas prestigiosos de Santiago, tanto laicos como eclesiásticos, representantes de diversas asociaciones, habian dirijido al gobierno una presentacion en que hacian a la patria un valioso ofrecimiento. «Admita V. E., decian, la ofrenda que le hace todo el clero secular i regular por el órgano de su gobernador, cabildo i prelados, de cuantas alhajas poseen en particular o no entran en el decoro del culto, todas cuantas poseen las majistraturas i las que como representantes de ambos estados, gremios i corporaciones ofrecemos al estado en particular, i las aseguramos en jeneral, cerciorados de la voluntad pública i a nombre del pueblo de Santiago.» Segun aquella presentacion, no debian tocarse las alhajas de las iglesias sino «cuando se hubieren consumido las particulares». Este ofrecimiento, al cual se le dió una

gran publicidad, revistiendo de grande aparato la resolución gubernativa que mandaba guardar en depósito los objetos ofrecidos, no produjo en realidad por el momento un resultado práctico, pero estimuló los donativos particulares, que no era posible que fuesen cuantiosos en razón de la pobreza del país (22).

Desde que se anunció que el ejército patriota, habiendo reconcentrado todas sus fuerzas, iba a abrir la campaña activa contra los realistas, se esperaban por horas noticias de trascendencia, persuadidos todos de que ese ejército tan numeroso i tan bien provisto, no habia de perder mucho tiempo en operaciones de detalle, que, por lo demas, eran contrarias al plan jeneral que San Martín acostumbraba seguir. En la mañana del sábado 14 de marzo se celebró en la Catedral de Santiago una solemne funcion relijiosa con asistencia de todas las corporaciones i de un numeroso concurso de jente de todas condiciones i rangos, para pedir la proteccion del cielo en la lucha en que estaba empeñada la patria. El gobierno anunció ese mismo día su resolución de erijir un templo a la vírjen del Cármen, patrona jurada del ejército de Chile, en el sitio mismo en que se diese la batalla que debia consolidar la independencia nacional.

(22) El ofrecimiento consignado en esa presentacion habria sido valioso si se hubiera hecho efectivo. A pesar de las espoliaciones cometidas en octubre de 1814, segun contamos en otra parte, las iglesias conservaban muchas alhajas de plata labrada, candeleros, arañas, frontales de altares, etc., etc., i las oficinas de las diversas corporaciones tenian numerosos objetos i utensilios del mismo metal, de manera que llevados todos ellos a la casa de Moneda habria podido acuñarse una cantidad bastante considerable de dinero. El gobierno delegado, por decreto de 5 de marzo, dispuso que esas alhajas se recibieran solo en depósito, a cargo de una comision de vecinos respetables, para no usarlas sino en el caso de una necesidad premiosa e ineludible; i que sí, como todo lo hacia presumir, la campaña iba a resolverse en pocos días mas, serian devueltas fielmente a las corporaciones a quienes pertenecian. Para dar mayor prestigio a ese ofrecimiento, el gobierno delegado resolvió por ese mismo decreto que en dos pequeñas pirámides que se habian construido bajo el gobierno de don Ambrosio O'Higgins en las estremidades oriental i occidental de la ciudad, se grabase la siguiente inscripcion. "El 5 de marzo de 1818 se despojó voluntariamente el pueblo de Santiago de todas sus alhajas i útiles de plata, protestando no adquirir otras interin la patria se hallase en peligro. Naciones del universo, extranjeros que entráis en Chile, decidid si tal pueblo podrá ser esclavo." Debemos advertir que esta inscripcion no se grabó nunca en las pirámides aludidas; i que el ofrecimiento que allí se recuerda, no se hizo nunca efectivo.

Por ese mismo decreto el gobierno suspendió el pago de toda contribucion forzosa mensual, que muchas jentes no podian materialmente cubrir, apelando en cambio a la jenerosidad de los que voluntariamente quisieran ocurrir con sus donativos en favor de la patria.

Sin embargo, se pasó una semana entera sin que se publicara noticia alguna del ejército. Las comunicaciones del jeneral en jefe i del supremo director que llegaban a Santiago, hacian saber la marcha de las tropas en busca del enemigo, i se las creia de escasa importancia para darles publicidad. Por otra parte, eran aquellos dias de recojimiento relijioso, por ser los de semana santa, i esto contribuia a aumentar, no diremos la tranquilidad pública, sino la calma i el sosiego en la ciudad. En esas horas de jeneral expectativa, casi nadie aguardaba que pudiera llegar la noticia de un desastre.

El 20 de marzo se habian celebrado con la solemnidad tradicional en todas las iglesias de Santiago, las funciones relijiosas con que se conmemora el viénes santo. Una vistosa procesion habia reunido en la tarde mucha jente en la plaza i en algunas calles; pero luego se habian restablecido la tranquilidad i el silencio, que, segun una antigua práctica, no podia ser interrumpidos en esos dias por el tráfico de caballos ni de carros. Pocas horas mas tarde, sin embargo, cerca de las doce de la noche entraba a la ciudad por los barrios del sur un hombre a caballo, i corriendo a galope tendido por la calle del Rei (hoi del Estado), llegaba a golpear la puerta del palacio de gobierno, situado en el costado norte de la plaza, en el sitio en que hoi se levanta la casa de correos. Preguntaba atolondradamente por el supremo director delegado, don Luis de la Cruz, a quien queria hablar sobre un asunto tan reservado como importante.

Ese hombre era el teniente don José Samaniego. Introducido a la presencia del coronel Cruz, i sin que hubiera otro testigo, le comunicó que venia de San Fernando, que en la mañana de ese mismo dia habian llegado a este pueblo en las condiciones mas doloridas i lastimosas algunos oficiales i soldados que venian huyendo del sur, i que éstos contaban que en la noche anterior habia sufrido el ejército patriota, en las cercanías de Talca, un terrible descalabro que lo habia desorganizado completamente i de que era mui difícil que pudiera reponerse. El director delegado no podia dar crédito a esta noticia; pero sumamente alarmado, dispuso que el teniente Samaniego quedase en el palacio sin que se le permitiera comunicarse con persona alguna de la ciudad; i montando apresuradamente a caballo, salió acompañado por diez o doce milicianos de caballería que formaban parte de la guardia, i llegó hasta la chacara del Conventillo, en los afueras de la calle de Santa Rosa, que entónces era el término del camino público del sur. En esta escursion no halló el coronel Cruz nada que confirmara aquel anuncio. Por todas partes reinaban la calma i el silencio, i

ni en la ciudad ni en el campo inmediato se dejaba ver que hubiese llegado un solo fujitivo del ejército que, según se le había informado, estaba en absoluta dispersion. Colocando allí algunos soldados para que detuviesen a toda persona que llegara del sur, i encargando que se le diera aviso de cualquiera ocurrencia, regresó al palacio poco antes de las dos de la mañana.

La noche entera se pasó en la mayor quietud; pero en las primeras horas de la madrugada del sábado 21 de marzo, llegaba al Conventillo un pequeño grupo de fujitivos en que se encontraban el sarjento mayor de ingenieros don Antonio Arcos i el auditor de guerra don Bernardo Monteagudo. Tras de éste llegaron otros i otros dispersos, principalmente soldados de caballería. Toda duda desapareció desde ese momento. Los dispersos referian el desastre con los colores mas sombríos i aterradores que les sujeria su imaginacion embargada por el pánico, i a pesar de las precauciones tomadas por los centinelas para detener a los que venian del sur, éstos penetraban en la ciudad abatidos i desalentados, contando a cuantos encontraban la total desorganizacion del ejército patriota. A las nueve de la mañana, el rumor de la derrota circulaba en toda la capital acompañado con noticias de accidentes que el pánico inventaba o exajeraba. Las jentes que a esas horas llenaban las iglesias para asistir a los oficios del sábado santo, salian a la calle en un estado de consternacion indescriptible, como si el enemigo vencedor se hallase ya a las puertas de la ciudad.

Un comerciante extranjero, dotado de un espíritu observador i que simpatizaba de corazon con la causa de la patria, ha descrito como testigo de vista las escenas de aquel dia. «Las jentes, dice, afluián a la plaza mayor, i delante del palacio de gobierno, hacian las mas empeñosas dilijencias para adquirir noticias; pero allí no se habia recibido ninguna del cuartel jeneral. Sin embargo, los numerosos fujitivos, tanto oficiales como soldados, que llegaron a la ciudad ese dia, todos en estado de dispersion, corroboraban la noticia de que habia ocurrido una completa derrota, i de que el enemigo estaba en marcha hácia Santiago, sin que quedara esperanza de un cambio de fortuna. El sábado por la mañana, la situacion presentaba el aspecto mas sombrío. No se habia recibido ningun aviso de San Martin, de O'Higgins o de cualquier otro jefe de distincion, i todos conjeturaban que éstos habian sido muertos o tomados prisioneros. Circulaban las mas estrañas noticias acerca de ellos. Algunos decian que se habian embarcado cerca de Valparaiso i héchose al mar; otros que habian trasmontado la cordillera; i por fin, hubo quien asegurara como testigo ocular que habia visto a San Mar-

tin tirado en el campo de batalla. En esta terrible incertidumbre, todos los patriotas de alguna importancia política o de fortuna, comenzaron a prepararse para cruzar las cordilleras; i empaquetando su plata labrada i los otros objetos de valor, marchaban hácia la montaña. Las calles estaban llenas de mulas cargadas i de carros que conducian fuera de la ciudad a los emigrantes con sus mujeres i familias. El número de los que se ponian en marcha para Mendoza era mui grande; i las personas que estaban cerca del gobierno eran las primeras en partir. Los caudales del tesoro público fueron empaquetados en serones, pero como no eran mui pesados, no se necesitaban muchas mulas para trasportarlos. Las escenas de que eran teatro las calles de Santiago despedazaban el corazon. La partida de tantas personas para un pais extranjero, quizá para no volver jamas a sus casas, grupos de mujeres con las lágrimas en los ojos i con el cabello suelto, retorciéndose las manos, i con todas las muestras de la punzante angustia; la plaza constantemente llena de jente de todas condiciones empeñada en preguntar por la suerte de los deudos i amigos que tenian en el ejército i acerca de los cuales no se les podia dar noticia alguna satisfactoria; todo aquello formaba un cuadro que la mano maestra de un pintor podria apenas delinear débilmente; i como se anunciaba que el enemigo marchaba apresuradamente sobre la ciudad, yo estoi seguro de que si en aquellos momentos se hubieran presentado cincuenta dragones, habrian sido suficientes para hacerse dueños de ella. El partido español, por su parte, no cuidaba de ocultar su gozo, i mas de una vez oi el grito solitario de ¡viva el rei! (23)."

Este terror de las primeras horas se esplica fácilmente. Las noticias que lo produjeron no eran dadas solo por los soldados dispersos, cuya

(23) Samuel Haigh's *Sketches of Buenos Aires and Chile*, chap. IX. Al referir estos sucesos, se ha contado en varias ocasiones que la primera noticia del combate de Cancharrayada llegó a Santiago en la tarde del sábado 21 de marzo. Nosotros narramos estos sucesos en vista de informes perfectamente comprobados que recojimos de algunos testigos de ellos, i tenemos ademas documentos que los confirman. Así don Tomas Guido, dirijiéndose al gobierno de Buenos Aires el 21 de marzo a las dos de la tarde, para comunicarle la noticia de este descalabro, le decia lo que sigue: "Anoche a las doce i media llegó un posta al supremo gobierno desde la villa de San Fernando con el aviso de haber sufrido nuestro ejército una completa derrota la noche del 19 en las inmediaciones de Talca... Hoi confirman la noticia varios individuos que presenciaron la dispersion de nuestras tropas." La noticia se esparció en Santiago en la mañana del sábado 21, como se lee en la relacion de Haigh que extractamos en el texto, i como lo dice el diario inédito de otro comerciante ingles, don Juan Begg, que tambien hemos tenido a la vista.

palabra podia creerse exajerada por el pánico o por la ignorancia, sino por oficiales o funcionarios de cierto rango, i entre éstos por dos hombres que habian estado cerca de San Martin, i que gozaban de su confianza. Eran éstos, como ya dijimos, el mayor de injenieros don Antonio Arcos i el auditor de guerra don Bernardo Monteagudo. Segun la relacion de ellos, el descalabro sufrido por el ejército era completo e irreparable, a punto de considerar ámbos que era insensata temeridad el pretender reorganizar las tropas patriotas para oponer a los vencedores una resistencia que habia llegado a hacerse imposible. Uno i otro no hablaban mas que de abandonar el pais, i en efecto, ellos dieron en la misma mañana el ejemplo que debia estimular la emigracion. Monteagudo, que en Buenos Aires se habia hecho notar en los acontecimientos anteriores por su saña implacable contra los españoles, i que por esto mismo creia que Osorio no le perdonaria la vida si llegaba a tenerlo entre sus manos, se puso apresuradamente en marcha para Mendoza. El mayor Arcos, español de nacimiento, afrancesado en la península durante la guerra contra Napoleon, i enrolado en América en el ejército insurgente, temió tambien por su vida, i solo pensó en trasladarse a Valparaiso para buscar asilo en un buque extranjero (24). La fuga de esos dos

(24) El mayor Arcos fué casi inmediatamente objeto de las mas tremendas acusaciones, atribuyéndosele una gran responsabilidad en la desorganizacion i desbande de una parte del ejército patriota, i despues en la propagacion de las noticias que sembraron el espanto en Santiago i en seguida en Valparaiso. Encargado, como dijimos, de dirijir el cambio de posicion de la segunda division, él habia abandonado las tropas cuando se iniciaba el movimiento, precisamente en el instante mismo en que su presencia era mas necesaria para tender la línea i organizar la resistencia contra el ataque de los realistas. El hecho de haber sido uno de los primeros fujitivos que llegaron a Santiago, las noticias que aquí divulgó i luego su marcha a Valparaiso, donde comunicó noticias análogas, empeoraban su causa. En una de sus primeras comunicaciones, San Martin encargaba al gobierno de Santiago que hiciese buscar a Arcos donde se hallase para someterlo a un consejo de guerra.

Arcos fué remitido de Valparaiso con el siguiente oficio del gobernador de ese puerto: "Valparaiso, 24 de marzo de 1818.—Anoche se me ha presentado el sarjento mayor de injenieros don Antonio Arcos diciéndome que venia a evacuar una comision que tenia de V. E. En seguida me hizo varias reflexiones sobre nuestro actual estado i de la suerte que corrió el ejército nuestro. En la mañana de hoy me ha dado parte el comandante (Biddle) de la corbeta de guerra norte americana (*Ontario*) que el mencionado sarjento mayor le habia noticiado que todo estaba perdido i que imploraba su auxilio para que le ocultase a su bordo siquiera por cuatro dias. El comandante se resistió terriblemente, diciéndole que no podia hacerlo, a lo que él reprodujo que siquiera le consiguiere un pasaje en el bergantin *Albion*, a que igualmente se negó. Estos hechos han puesto en peor concepto a dicho Arcos; i me dice el citado co-

personajes no podía dejar de tener una grande influencia para aumentar el pánico en la ciudad i para estimular la emigracion.

7. Primeros trabajos del director delegado don Luis de la Cruz para organizar la resistencia contra los vencedores. 7. El director delegado don Luis de la Cruz se halló en esos momentos en las circunstancias mas difíciles que es posible imaginar. Oficinista laborioso, espíritu reconcentrado i serio, dotado ademas de firmeza de carácter, carecia de las cualidades necesarias para resistir al torrente de la confusion i del pavor, es decir, del entusiasmo ardoroso que con la vehemencia i la facilidad de la palabra i con algunos rasgos brillantes de vigoroso arrebató, habria podido confortar los ánimos i hacer revivir la confianza en el poder i en los recursos que todavia quedaban a la patria. No se abatió, sin embargo, i encerrado en su despacho con el ministro de gobierno don Miguel Zañartu, comenzó a dictar las órdenes que creia mas conducentes para evitar la ruina que casi todos creian inevitable. Así, al paso que hacia empaquetar los escasos caudales del estado para trasportarlos a Mendoza en caso de hacerse necesaria la retirada, se disponia para reunir activamente todos los elementos de defensa.

mandante que si en el dia no le mando a la capital para que V. E. disponga, se dará a la vela con todos los buques de su nacion. Estos antecedentes, i el de que con su venida se ha puesto en gran movimiento este pueblo, me ha hecho resolverme a remitirlo con el teniente de artillería don Pedro Niño i cuatro soldados de la misma arma. Adjunto a V. E. la carta oficial del comandante de dicha corbeta para que, mas orientado, resuelva lo conveniente, en la intelijencia de que me ha parecido la medida mas paliativa en las críticas circunstancias, i en que el comandante dice que de lo contrario se larga, porque hemos de tenerlo por sospechoso. Cree que es un desertor del ejército, i que por el terror que con sus conversaciones ha infundido en los pueblos, no hai ánimo para defenderse i que el estado se pierde por un hombre de esos. No presume V. E. que por la melancolía con que dicho Arcos se ha producido conmigo, ha desmayado ni desmayará mi infatigable celo en conservar este puerto a toda costa, porque me siento con bastante ánimo i mucha mas resolution para ello. Dios guarde a V. E. muchos años. —Francisco Calderon.—Al excelentísimo señor supremo director delegado.

Antes de pasar adelante, diremos aquí que este oficio no dice exactamente lo que ocurrió en el particular. Arcos, a poco de haber llegado a Valparaíso i de haber comunicado las noticias segun las cuales era imposible organizar una resistencia regular al ejército español, creyendo perdida la causa de la patria, pidió i obtuvo del capitán Biddle que se le diera asilo en la corbeta *Ontario*. El gobernador Calderon lo reclamó como desertor del ejército patriota, i habiendo obtenido que se le entregara, puso preso a Arcos en un castillo tratándolo con suma dureza. Temiendo el capitán Biddle que Arcos fuera víctima de una ejecucion militar o de cualquier otro procedimiento vejatorio, reclamó enérgicamente que se le dejara en libertad, o que se

Surjió entónces una idea estratéjica que en setiembre de 1814 se habia tratado de poner en ejecucion para contener al ejército realista que avanzaba sobre la capital. Consistia en defender con fortificaciones el paso conocido con el nombre de Angostura de Paine, en el valle central, que estrechado por las dos cadenas de montañas laterales, solo tiene un centenar escaso de metros de ancho. Este proyecto quimérico, desde que los agresores podian burlar esas defensas tomando los caminos mas o ménos cómodos i practicables que hai en los cerros de uno i otro lado (en Chada por el oriente i en Aculeo por el poniente), era ademas irrealizable, puesto que aquellas obras habian de demandar una o dos semanas a lo ménos, miéntras que todo hacia presumir que el enemigo avanzaba a marchas forzadas sobre Santiago. En ese mismo dia dispuso Cruz, sin embargo, que en aquel sitio se construyese rápidamente una fortaleza bajo la direccion del agrimensor don Juan José Goicolea, i al efecto mandó al comandante de las milicias de Maipo que reuniese sin tardanza su jente para que acudiera a tomar parte en el trabajo. Este proyecto, a pesar de todo, fué abandonado tres dias despues, cuando se tuvieron noticias mas positivas i lisonjeras del estado del ejército, i se conoció que tanto el jeneral en jefe como el director supremo propietario tenian un plan de defensa mui diferente i mucho mas práctico.

En la misma mañana despachaba a varias partes emisarios encargados de transmitir la noticia del desastre en forma que, sin ocultar la verdad sobre el conflicto que habia creado, no abatiese el espíritu público

le enviase a Santiago a disposicion del jeneral en jefe o del supremo director del estado; i fué esto último lo que se hizo.

San Martin recibió a Arcos con grande aspereza; pero sea que de algun modo justificara éste su conducta, o que le valieran sus relaciones de amistad con el jeneral i con casi todos los jefes, fué tratado con mucho ménos dureza de lo que se habia anunciado. En vez de someterlo a un consejo de guerra, San Martin aplicó a Arcos una pena burlesca, obligándolo a asistir a la batalla de Maipo en el rango de de soldado del regimiento de granaderos a caballo. Hubo en el ejército patriota algunos oficiales que acusaron a Arcos de traicion, suponiendo que como español de nacimiento, estaba en intelijencia con los jefes realistas, a quienes indicó la hora en que debian emprender el ataque, a cuyo éxito habia contribuido él, por su parte, abandonando el campo en los momentos en que su presencia era mas necesaria, i en seguida esparciendo la turbacion i el pavor. San Martin, impuesto de estos rumores, los desmintió en una carta que hizo publicar en la *Gaceta* de Buenos Aires de 3 de junio de 1818, en que, sin justificar la conducta de Arcos, declaraba que esa acusacion era falsa e infundada. Poco despues de la batalla de Maipo, Arcos dejó el servicio militar i se hizo comerciante; i como contratista de vestuario i fornituras para el ejército, adquirió la base de una fortuna que ántes de muchos años incrementó considerablemente, primero en el Brasil i en seguida en Europa.

sino que, por el contrario, lo estimulase para acudir a la defensa de la patria. Esos emisarios, elejidos entre los vecinos de prestigio de Santiago que en esos momentos manifestaban mas entereza, llevaban ademas el encargo de reunir las milicias de cada distrito, de juntar caballos i de hacer cumplir con resolucion i prudencia las órdenes del gobierno. Al gobernador de Valparaiso se le encargó que enviara prontamente a la capital el batallon de Infantes de la patria, que habia quedado de guarnicion en ese punto, i cuatro piezas de artillería volante. Don Diego Antonio Barros partió inmediatamente para Santa Rosa i San Felipe de Aconcagua «a dar las disposiciones convenientes a la seguridad del estado,» esto es, a reunir las milicias provinciales para hacerlas marchar a Santiago, i a recojer i a poner en salvo una partida de armamento que en esos mismos dias debia llegar de Buenos Aires por la via de Mendoza (25). Con comisiones análogas fueron destinados don Francisco Ramirez a Quillota, don Francisco Ramon Vicuña a la Ligua, don Joaquin Larrain i Aguirre a Petorca i don Domingo Eizaguirre a Melipilla.

El pánico de aquellas primeras horas esperimentó una sensible atenuacion poco despues de medio dia. Entre los oficiales i soldados que seguian llegando del sur, habia algunos que afirmaban que el contraste sufrido en Cancharrayada era menor de lo que se habia creido al principio, i que la dispersion era soló de algunos cuerpos del ejército. Varios de ellos contaban que habian visto a O'Higgins al norte del rio Lircai reuniendo los dispersos i marchando a la cabeza de ellos, de manera que a esas horas debia hallarse en algun punto del camino con fuerzas mas o ménos numerosas. El representante de Buenos Aires don Tomas Guido, escribia a su gobierno a las dos de la tarde estas palabras: «Pro-

(25) He aquí la orden dada con este motivo por el director delegado: «A los señores jefes políticos i militares de las villas de Santa Rosa i San Felipe.—Don Diego Antonio Barros pasa como representante de este supremo gobierno a las villas de Santa Rosa i San Felipe de Aconcagua a dar las disposiciones convenientes a la seguridad del estado. Todos los jueces políticos i militares cumpliran sus órdenes, i en especial la de reunir las tropas de infantería i caballería i remitirlas a esta capital con la mayor prontitud. En la villa de Santa Rosa debe colectarse todo el armamento que esté en via de Mendoza a Chile, aunque haya pasado de los Andes, poniéndose a cargo del sujeto que nombre dicho representante don Diego, i bajo las medidas que él dictare para su seguridad.—Marzo 21 de 1818.—Luis de la Cruz.» Las órdenes referentes a los otros emisarios son mas o ménos semejantes en el fondo, pero no contienen el encargo referente al armamento, que era, como debe suponerse, especial para esta comision.

curamos alentar el espíritu público, i se toman las medidas que permiten las circunstancias, entretanto se adquiere alguna idea exacta del resultado de la jornada i de las tropas que hayan salvado para contener los enemigos.» Pocas horas mas tarde, el director delegado don Luis de la Cruz, dirijiéndose tambien al gobierno de Buenos Aires, le hablaba todavia con mas confianza sobre la situacion. «Aun no se ha tenido un parte oficial de tal catástrofe, le decia. Los dispersos que llegan sucesivamente, hablan con tanta complicacion, que no se puede establecer un dato. Hasta ahora, que son las diez de la noche, no sabemos que exista otro jefe que el jeneral O'Higgins en un punto intermediario reuniendo fujitivos. Aun tiene recursos este estado; en la decision de sus habitantes se encuentra el principal fondo de ellos. Si el enemigo obtiene la victoria, la ha de comprar caro (26).»

Las medidas adoptadas por el gobierno delegado no bastaban para devolver la tranquilidad a los espíritus perturbados. Las noticias que se tenian del ejército descansaban sobre simples rumores comunicados por los fujitivos; i aunque algunos de éstos habian dado informes mas consoladores, eran pocos los que los creian. El hecho de no recibirse comunicacion alguna del director supremo i del jeneral en jefe, mantenian en el vulgo, a pesar de aquellas noticias, la persuasion de que ámbos jefes habian muerto en el combate o se hallaban prisioneros. El ministro Zañartu, habiendo adquirido el convencimiento de que habia entre los patriotas algunos individuos que, no pudiendo deponer los odios de partido ante aquella angustiada situacion, fomentaban esos fatídicos rumores para hacerse dueños del gobierno, despachó esa misma tarde un propio para buscar a O'Higgins donde se hallara, i para pedirle que sin tardanza se trasladase a Santiago para tranquilizar los espíritus i para organizar la defensa con su autoridad i con su celo.

Aunque Cruz habia tomado aquellas disposiciones con el acuerdo de algunos de los patriotas mas prestigiosos que se hallaban en la ciudad, i aunque resuelto a no desistir de su empeño de reunir aquí todos los elementos de defensa, quiso oír el parecer de una especie de junta de corporaciones, a que serian convocados los jefes militares, los altos funcionarios del orden civil i algunos eclesiásticos de conocido patriotismo. Reunióse esa asamblea en el palacio de gobierno el domingo 22

(26) Esas dos comunicaciones al gobierno de Buenos Aires, la de Cruz i la de Guido, fueron publicadas por este último en su artículo titulado *Reminiscencias*, que dió a luz en 1864 en la *Revista* de aquella ciudad, tomo III, pájs. 321-385, con muchos documentos sobre esos sucesos, algunos de ellos inéditos hasta entónces.

de marzo. «El silencio i la tristeza se manifestaban en los semblantes de todos los congresales», dice uno de ellos. Llamado ántes que otro alguno a dar su opinion, el jeneral Brayer, que acababa de llegar a Santiago i que habia sido testigo del desastre, sostuvo que éste parecia irreparable, porque las pérdidas sufridas en el combate, la desmoralizacion de la tropa i el pánico jeneral, disipaban toda esperanza de reorganizar el ejército. Don Tomas Guido, que se hallaba presente, impugnó calurosamente ese parecer. Despues de recordar las noticias que habian traído algunos oficiales acerca de los esfuerzos que hacian en el sur los jefes patriotas para reconcentrar las tropas dispersas, i el aspecto favorable que presentaban esos trabajos, acabó por sostener que la situacion distaba mucho de ser desesperada. «No hai razon, dijo, para temer que no veamos pronto nuestro ejército en estado de combatir i de conquistar la victoria con el apoyo de la enerjia del pais, decidido a todo sacrificio para mantenerse independiente.» Este dictámen, apoyado por la mayoría de los concurrentes, alentó al director delegado para seguir tomando las medidas conducentes a la defensa del pais (27).

(27) Acerca de lo que ocurrió en esa asamblea existen dos versiones diferentes escritas por individuos que asistieron a ella. El padre franciscano frai José Javier Guzman refiere en la página 430 de su *Chileno instruido en la historia de su pais*, que él tuvo el honor de ser invitado a esa junta, i describe el aspecto que ésta presentaba en los términos que señalamos mas arriba. Dice en seguida que nadie se atrevia a proferir una palabra, hasta que don Tomas Guido pronunció un elocuente discurso para probar que la causa de la patria no era desesperada; pero que la reunion se disolvió sin tomar acuerdo alguno. El padre Guzman no menciona para nada al jeneral Brayer, ni la opinion que allí sostuvo. En cambio, el mismo Guido en el artículo titulado *Reminiscencias*, que hemos citado ántes, cuenta que fué Brayer, quien, invitado a hablar el primero por el coronel Cruz, dió su dictámen, segun decimos en el texto, i que él (Guido) lo refutó, demostrando que la situacion no era desesperada, siendo apoyado en esta opinion por muchos de los concurrentes. Entre estas dos versiones, nosotros damos crédito a la de Guido, no solo porque hemos podido apreciar la fidelidad de sus recuerdos, sino porque la importancia del cargo que desempeñaba lo ponía en el caso de estar mas al corriente de los sucesos, i de comprenderlos i apreciarlos mejor. Por lo demas, en la relacion del padre Guzman hemos hallado muchos incidentes equivocados, como el de suponer que esa asamblea se celebró de noche, siendo que se verificó en la mañana del 22 de marzo, i otros que dejan ver que mas que sus recuerdos personales, tenia por guía los rumores que óntonces o mas tarde circularon en el vulgo, como el de suponer que el coronel Cruz manifestó en esas circunstancias una grande irresolucion i que el gobierno no estuvo a la altura de su deber sino cuando llegó don Manuel Rodriguez, el 23 de marzo, e cual hizo volver a Santiago los caudales públicos que estaban en camino para Men-

En efecto, ese mismo día dictaba el coronel Cruz órdenes mas perentorias todavia, para reunir i acuartelar los dispersos, i aun para evitar la emigracion de individuos i de familias enteras que habia comenzado el dia anterior. Ya habia mandado que las autoridades rurales apresaran i remitieran a Santiago a toda persona que viajara sin pasaporte del gobierno. Ahora dispuso que el gobernador local de Santiago colocase en la cuesta de Chacabuco noventa hombres escogidos, a a cargo «de un oficial de la mayor satisfaccion, para aprehender a cuantos oficiales i soldados transitasen sin pasaporte» i que los remitiera presos, como igualmente a los que hubiesen llegado de antemano. Estas órdenes, impartidas con grande actividad, imponian un movimiento inusitado de emisarios, que, léjos de calmar la inquietud del pueblo, contribuia a excitarla.

Por fin, poco despues de medio día llegaba a Santiago el primer parte de San Martin, que hemos dado a conocer mas atras. Sin ocultar la importancia del desastre, el jeneral en jefe anunciaba allí que la mayor parte del ejército se retiraba en orden, que los cuerpos dispersados en el combate se estaban reuniendo en San Fernando, i que esperaba fundadamente juntar todas sus fuerzas para replegarse a Rancagua. Ese parte, escrito con una prudente sobriedad, sin fanfarronería ni promesas arrogantes de victoria, estaba perfectamente calculado para que fuera creído, i para alentar las esperanzas desfallecientes de los patriotas. El director delegado lo leyó en voz alta al pueblo, en la puerta del palacio, i en seguida lo hizo publicar por bando en las calles i plazas de Santiago, i lo comunicó inmediatamente a los gobernadores de los distritos a donde hubiere llegado la noticia del desastre, para alentar por todas partes el patriotismo de sus habitantes i para hacerlos concurrir a la salvacion de Chile del peligro que lo amenazaba

doza. Todas estas son patrañas inventadas por la imaginacion popular; i el padre Guzman acojiéndolas en un libro de carácter histórico, contribuyó a darles circulacion. Los documentos sobre los cuales escribimos estas páginas, demuestran abundantemente que la actitud del coronel Cruz fué resuelta i entera en esas circunstancias, i así lo dice espresamente Guido, recomendando honrosamente la conducta i el carácter de ese jefe; que Rodriguez se hallaba en Santiago el 21 de marzo, como lo veremos mas adelante, i por último, que si los escasos caudales del tesoro público fueron puestos en fardos o sacos de cuero para salvarlos en caso de ser necesaria una retirada, no salieron de Santiago, ni siquiera del palacio de gobierno. Nosotros trazamos estas páginas fundándonos en documentos de indiscutible autoridad, segun se verá por la reproduccion fiel de algunos o por los extractos que hacemos de otros.

8. Una junta popular lleva al gobierno a don Manuel Rodríguez: dictadura de éste durante algunas horas.—Sublevación de Illapel (nota).

8. Pero aquella situación era mas difícil i complicada de cuanto se puede imaginar. En esos mismos dias llegaban a Santiago noticias de movimientos sediciosos en los distritos del norte, que habian alterado el orden público, i a los cuales se les daba el carácter de una verdadera reaccion realista. Se anunciaba de Copiapó una tentativa de levantamiento preparada por los españoles residentes en ese distrito i en el Huasco. En Illapel, una asonada promovida por los indios de la reduccion de Chalinga, i apoyada por la plebe, habia perturbado sériamente la paz pública. Los facciosos se apoderaron del pueblo, cometieron deplorables excesos, i solo fueron dominados por el esfuerzo de algunos vecinos de ánimo levantado, i despues de un combate que costó la vida a varias personas, demostrando así que en aquellos distritos el orden legal no descansaba sobre bases mui sólidas (28). La noticia de estas ocurrencias, que en otras

(28) Relegamos a esta nota la relacion circunstanciada de los hechos que recordamos en el texto, porque en realidad no tienen importancia histórica, si bien la circunstancia de haber ocurrido en aquellos momentos, vino a hacer mas embarazosa la situación.

Era Chalinga una aldea o pueblo de indios, formado segun el plan establecido por el presidente don Ambrosio O'Higgins cuando suprimió el servicio personal de los indijenas. Sus habitantes eran gobernados por un juez de la reduccion, que con el título de cacique, era designado cada año por la primera autoridad del distrito o partido de Illapel. El nombramiento de cacique hecho a principios de 1818 por el teniente-gobernador de ese partido, don Tomas Echavarría, habia producido gran descontento en la reduccion, i excitado a los indios a rebelarse, aprovechando la debilidad en que suponian al gobierno por las atenciones que le imponia el estado de guerra. Uno de esos indios, llamado Vicente Paillarte, aunado con un mestizo nombrado Francisco Carvajal, reunió entre los indios de Chalinga i los campesinos de los alrededores, una banda, cuyo número se hace subir a cuatrocientos hombres, armados de chuzos i de garrotes, i a las ocho de la mañana del 19 de marzo cayeron repentinamente sobre la villa de Illapel cuando el mayor número de sus habitantes se hallaba reunido en el templo de Santo Domingo, donde se celebraban los oficios del jueves santo. "Llegaron éstos con gritos de ¡viva el rei! ¡mueran los patriotas! dice un curioso documento suscrito por varios testigos de aquellos sucesos; i entrando dentro de la iglesia con lanzas, garrotes, estoques i otras armas de esta naturaleza, comenzaron a descargarlas en cuantos individuos se les ponian por delante. Tuvo el sacerdote que suspender el santo sacrificio por la mucha sangre derramada en aquel lugar, pues con ella quedan regadas las aras del altar." Ese ataque, de que resultaron muchos heridos, produjo en todas partes la mayor consternacion. Los asaltantes, dueños de la villa, donde no se podia oponer ninguna resistencia, apresaron algunos de los vecinos mas caracterizados, los encerraron en la cárcel, donde amontonaron tambien los heridos que trasportaron de la iglesia, i pusieron en liber-

circunstancias no habria causado grande alarma, vino en esos momentos a aumentar la perturbacion jeneral i a hacer creer a muchas personas que la causa de la patria tendria que sucumbir en aquella crisis tremenda.

Habia, ademas, entre los mismos patriotas, segun ya dijimos, algunos individuos que parecian interesados en exajerar los peligros inherentes

tad a los reclutas acuartelados para ir a reforzar la guarnicion de Coquimbo. «Asegurados con prisiones todos estos reos, continúa la relacion citada, se nos anunciaba por instantes el degüello de ellos i del demas vecindario, diciéndonos que la capital se habia tomado por los enemigos i que allí habian tenido tres horas de degüello. Siguieron hasta el viérnes conduciendo prisioneros i robando cuanto podian hasta las dos de la tarde.»

Se habian escapado del pueblo algunos vecinos, i uno de ellos, don Gabriel Larrain, administrador de rentas fiscales del distrito, consiguió reunir una partida de milicianos mal armados, i a su cabeza se dirijió al pueblo para rescatarlo de sus opresores. Carvajal, dejando allí una corta guarnicion, salió con la mayor parte de sus fuerzas al encuentro de Larrain, i matándole uno o dos hombres de su partida, lo puso en completa dispersion i lo persiguió obstinadamente largo trecho. Mientras tanto, don Miguel Irarrázaval, mayorazgo, poseedor de vastas haciendas en ese distrito, habia reunido entre sus inquilinos otra partida de veinticinco o treinta hombres resueltos i armados de pistolas i escopetas, i a su cabeza ocupó el pueblo el 20 de marzo. Habiendo puesto en libertad a los vecinos que se hallaban presos, i engrosado su tropa con algunos de ellos, salió en busca de los facciosos, i empeñó con ellos un corto pero reñido combate. Dos vecinos de Illapel de cierta posicion, don Cayetano Requena i don Blas Vives perecieron en la refriega; pero Irarrázaval, manteniendo el ataque con grande arrojo, mató de un balazo a Carvajal; i la muerte de este caudillo decidió la dispersion de los rebeldes, de los cuales quedaron unos cuarenta i cuatro prisioneros. Los hechos que dejamos referidos, constan de una representacion del gobernador, cabildo i vecindario de Illapel, dirijida el 22 de marzo al gobierno delegado para darle cuenta de lo ocurrido i pedirle auxilios de tropas para afianzar el orden público.

Aquellos sucesos habian producido una grande alarma en los distritos vecinos. Los tenientes-gobernadores de Petorca i de la Ligua pusieron sobre las armas las milicias del distrito. Por todas partes se contaba que aquel movimiento habia sido preparado por los españoles que residian en aquellos lugares. La noticia llegó mui abultada a Valparaiso, i el gobernador de esta plaza don Francisco Calderon, hizo salir inmediatamente un piquete de treinta hombres del batallon de Infantes de la Patria para reunirse a las fuerzas que se juntaban en la Ligua, pero no alcanzaron a llegar a esta villa. El teniente gobernador de ella don José Miguel Benavides, que habia acudido con sus milicianos a Illapel, llegó allí el 21 de marzo cuando el orden estaba restablecido, i al volver a su destino anunció que habia cesado todo peligro. El director delegado nombró teniente-gobernador de Illapel a don Ramon Guerrero, vecino de ese partido, i éste acabó de restablecer el orden. Las comunicaciones que se refieren a estos sucesos no dan cuenta cabal de los castigos que se siguieron a este levantamiento, lo que se comprende por la perturbacion que se produjo luego en

a aquel estado de cosas, i que por obstinacion o por malicia, negaban todo crédito a las noticias que tenian un carácter favorable. Para ellos, el parte de San Martin, así como los informes que se referian a O'Higgins i a los esfuerzos que quedaba haciendo para reunir los dispersos del ejército, eran simples invenciones del gobierno de Santiago para levantar de algun modo el abatimiento jeneral de los ánimos. Los mismos que propalaban esas voces, eran los primeros en acusar al director delegado de flojedad i de vacilacion en las medidas que tomaba para organizar la defensa de la capital. En esa misma tarde se hablaba por todas partes de celebrar una nueva junta de corporaciones mas numerosa que la anterior, con asistencia de todos los vecinos que quisieran concurrir a ella, esto es, una asamblea popular como los cabildos abiertos de la era colonial o de los primeros dias de la revolucion.

El principal promotor de esta idea era don Manuel Rodriguez, el impetuoso caudillo de las montoneras patriotas durante la época de la reconquista española. Separado poco ántes del cargo de auditor de guerra del ejército, i nombrado representante del gobierno de Chile cerca del de Buenos Aires, estaba alistándose para marchar a este destino cuando se esparció en Santiago la noticia del desastre de Cancharrayada. En presencia de esta catástrofe, pidió al gobierno, el mismo

aquellos lugares a consecuencia de la noticia del descalabro de Cancharrayada i del acuartelamiento de milicias para hacerlas marchar a Santiago.

Los sucesos ocurridos en Copiapó fueron de mucho menor gravedad. Habiéndose estendido la voz de que varios españoles establecidos en ese distrito fraguaban una conspiracion para deponer a las autoridades patriotas e incitar a los jefes del ejército realista del Alto Perú a enviar tropas para reconquistar a Chile por el norte, el teniente-gobernador de Coquimbo don Miguel Gallo hizo apresar el 24 de diciembre de 1817 a los que aparecian como promotores de aquel plan, i los hizo marchar a la Serena a la disposicion del intendente gobernador de la provincia de Coquimbo don Manuel Antonio Recabárren. Aunque no llegó a establecerse claramente la culpabilidad de los acusados, i aunque ésta probablemente no pasaba de simples conversaciones, fueron ellos tratados con dureza i confinados a la ciudad de San Juan, en la provincia de Cuyo, con arreglo a las disposiciones dictadas por el gobierno delegado de Santiago al saberse que se preparaba una nueva invasion del territorio chileno por el ejército que el virrei del Perú enviaba bajo las órdenes de Osorio. Don Carlos M. Sayago, en su *Historia de Copiapó*, cap. XII, ha dado las noticias mas completas que se conozcan acerca de estos sucesos, sin llegar, sin embargo, a un esclarecimiento cabal, i sin recordar que las medidas tomadas contra los españoles de Copiapó, eran mas o ménos las mismas que en esas circunstancias se tomaron contra los parciales de la causa del rei en todo el territorio de Chile para impedir las tentativas de levantamientos interiores que habrian podido comprometer gravemente la situacion.

dia 21 de marzo, que se le permitiera suspender su viaje i concurrir con su esfuerzo a la salvacion de la patria. El director Cruz accedió sin vacilar a esta solicitud, concediéndole el título de edecan de gobierno «durante el conflicto de la patria (29).» Rodriguez, testigo desde ese momento de las dilijencias hechas en aquellos primeros dias para allegar los elementos de defensa, no tenia fé en su eficacia, i creia que

(29) La fama tradicional de que gozó por largos años este popular caudillo, nos obliga a consignar en esta nota algunas noticias en parte desconocidas, que creemos útiles para dar a conocer su verdadera fisonomía histórica, altamente simpática sin duda alguna, pero por esto mismo exajerada por el aplauso de sus amigos i por los sentimientos jenerosos que hizo nacer su trájico fin.

Reanudando los datos biográficos que hemos consignado en el capítulo IV de esta misma parte de nuestra *Historia*, i especialmente en las notas 39 i 52, recordaremos que Rodriguez habia sido nombrado auditor de guerra en calidad de sustituto por decreto de 15 de diciembre de 1817, i que en este carácter salió de Santiago a reunirse al ejército acantonado en las Tablas. Las ocupaciones de ese cargo no eran, sin embargo, del agrado de Rodriguez. A poco de haber entrado a desempeñarlas, obtuvo un permiso para pasar a la capital por asuntos particulares que reclamaban su atencion durante tres dias; pero dejó correr con exceso este plazo sin volver al desempeño de sus funciones. El brigadier Balcarce, que mandaba accidentalmente ese ejército, pasó al supremo director delegado el siguiente oficio:

«Excmo. señor: El auditor de guerra de este ejército don Manuel Rodriguez, fué con licencia de tres dias para esa capital a practicar dilijencias particulares. Se ha trasmarcado aquel término con notable exceso, i aun no se restituye, cuando es de absoluta precision que tenga el ejército quien desempeñe las funciones de aquel cargo en ocurrencias que se experimentan a cada momento, i de que no puede de ningun modo prescindirse si ha de observarse el orden i disciplina que la tropa necesita. En esta virtud, se hace indispensable que V. E. se sirva estrechar al citado auditor a que efectúe su regreso sin pérdida de instantes, o providenciar sobre quien lo sustituya en el caso de que se le haya retirado o dádosele otro destino.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel jeneral en las Tablas, 7 de febrero de 1818.—*Antonio González Balcarce*.—Excmo. señor director supremo delegado.»

Rodriguez, en efecto, no queria volver a ese destino, i permanecia en Santiago cultivando relaciones con los que se mostraban descontentos del gobierno. Su conducta volvía a ser causa de inquietudes, i puso a San Martin en el caso de pedir que se le separara de la auditoría de guerra, que fué confiada interinamente al doctor don Bernardo Monteagudo. El director delegado, volviendo a una resolucion anterior, i de acuerdo con O'Higgins, confió a Rodriguez el cargo de ajente o representante de Chile cerca del gobierno de Buenos Aires, buscando con estas providencias un arbitrio para alejarlo honrosamente del pais. Este último se vió obligado a aceptar ese destino.

Se hallaba preparándose para emprender su viaje al traves de la cordillera, cuando se esparció en Santiago la noticia del descalbro de Cancharrayada. En el momento presentó Rodriguez al director delegado la solicitud siguiente, que orijinal tenemos a la vista: «Excmo. señor: Soi destinado a embajador en Buenos Aires. La comision

era menester levantar la poblacion en masa para reemplazar con un vigoroso impulso popular el ejército aniquilado en la derrota. Sus amigos i parciales, aceptando como el mas práctico este medio de resistencia, i creyendo que nadie mejor que Rodriguez podia dirijirlo, lo apoyaban resueltamente, i excitaron la opinion en favor de la reunion de una asamblea en que se hiciera oír la voluntad popular. Cediendo a las exigencias que se hacian casi con un carácter tumultuario, i creyendo tranquilizar la opinion, el director delegado prestó su consentimiento.

Aquella asamblea se reunió en el palacio de gobierno a las once de la mañana del 23 de marzo. Corrillos numerosos de jente del pueblo reunidos en la plaza pública por algunos agitadores de la opinion, gritaban ¡viva Manuel Rodriguez! En la sala del acuerdo se levantó éste para señalar las desgracias de la patria i para proponer el único arbitrio que podria salvarla. «Me toca, dijo, una tarea mui penosa; la de comunicar a mis conciudadanos los detalles del triste suceso que ha ocurrido en la noche del juéves 19. El ejército ha sido sorprendido i derrotado tan completamente que en ninguna parte se hallaban esa noche cien hombres reunidos al rededor de sus banderas. ¡Ah! El orgulloso ejército que existia una semana há, i en el cual fundábamos todas nuestras esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el director O'Higgins ha muerto despues de la derrota, i que el jeneral San Martín, abatido i desesperado, no piensa mas que en atravesar los Andes. Pero es preciso, chilenos, resignarnos a perecer en nuestra propia patria,

me hace decoro; i yo creo que el primero de mi vida es seguir las órdenes de V. E.: ¿marchó hoí que el pais está en apuro? Disponga V. E. Mis votos son por Chile, por el orden, i por la reputacion de los que recibimos la fortuna de sostener la *libertad*. No conozco amor a la vida, ni me empeña sino el crédito americano. En 21 de marzo de 1818 protesto por mi honor no demorarme un momento sucedida la independencia segura, i suplico a las autoridades no me impidan correr a lo mas léjos. ¡Ojalá el sacrificio de todo yo, haga al cabo una utilidad! Dios guarde a V. E.—Excmo. señor.—*Manuel Rodriguez.*»

En el mismo instante, i al pié de la solicitud anterior, puso Cruz la siguiente providencia: «Santiago i 21 de marzo de 1818.—Respecto a estar amenazada la patria por el enemigo, i considerarse al que representa que él podrá serle útil en sus actuales apuros, suspenderá por ahora su marcha, i se le destina para que él sirva de mi edecan durante el conflicto de la patria.—Comuníquese en la orden jeneral.—*Cruz.*»

Estos documentos demuestran el error de algunos de los escritores que, refiriendo estos mismos acontecimientos con mas o ménos amplitud, han contado que Rodriguez se hallaba siviendo en el ejército cuando ocurrió la sorpresa de Cancharrayada, i que solo llegó a Santiago el 23 de marzo, el mismo dia en que fué llamado al gobierno.

defendiendo su independencia con el mismo heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros.» El jeneral Brayer, que habia asistido a aquella asamblea, corroboró con sus palabras las noticias referentes a la dispersion total del ejército, como testigo presencial del desastre.

Estas apreciaciones venian a confirmar los rumores que circulaban en el pueblo desde dos dias atras. Fué inútil que el coronel Cruz quisiera rebatirlas, demostrando con el parte orijinal de San Martin i con el testimonio de varios oficiales, que la situacion del ejército era relativamente ventajosa. Algunos de los concurrentes pedian un cambio inmediato de gobierno, i que Rodriguez asumiese el mando supremo para organizar la resistencia. El teniente coronel don Joaquin Prieto, que desempeñaba el cargo de comandante jeneral de armas de Santiago i de jefe de la maestranza, apoyado por algunos de los miembros mas prestigiosos de esa asamblea, se opuso resueltamente a la adopcion de esa medida; pero sin poder rechazar victoriosamente las exigencias que se hacian valer a nombre de la voluntad popular, tuvieron él i sus amigos que aceptar un arbitrio conciliatorio, que si bien llevaba al gobierno el contingente de un espíritu ardoroso i capaz de alentar la opinión, envolvía el peligro de hacer desaparecer la unidad de la accion administrativa, mas indispensable que nunca en aquella terrible situacion. «Conociendo los graves males que amenazan a la patria si no se toman prontas i enérgicas medidas para reparar la pérdida que ha tenido nuestro ejército en las inmediaciones de Talca, dice el acta de aquella asamblea; teniendo en consideracion que en las circunstancias actuales la atencion de un solo hombre no basta para el inmenso cúmulo de objetos a que debe dirigirse, determinaron (las corporaciones i vecinos allí presentes), en fuerza de la autoridad que reside en el pueblo, que las facultades del supremo director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegadas en toda su estension en los ciudadanos coronel don Luis de la Cruz i teniente coronel don Manuel Rodriguez, de cuyo enérgico celo, actividad i patriotismo espera el pueblo la salvacion de la patria, debiendo ellos responder a la jeneracion presente i a una inmensa posteridad del interesante encargo que se les confia.»

Publicóse este acuerdo ántes de las dos de la tarde en la forma ordinaria de bando, en toda la ciudad. Al anunciar a los otros pueblos la modificacion creada en el gobierno, Cruz i Rodriguez, al paso que pedian los contingentes de milicias provinciales, anunciaban que la situacion de los negocios públicos comenzaba a tomar un aspecto mucho mas lisonjero. Daban como un hecho la concentracion del ejército

patriota en San Fernando, i su marcha ordenada i regular hácia Rancagua. «El enemigo ha perdido mucha jente, de modo que no se sabe háya salido un paso de Talca,» decian a las autoridades militares de Aconcagua. Dirijiéndose al gobernador de Valparaiso en el mismo dia para recomendarle que no dejara salir buque alguno del puerto en esas circunstancias, le anunciaban igualmente el aspecto favorable que presentaba la reorganizacion del ejército, i la retirada de una division intacta, añadiendo a esas noticias accidentes de pura invencion, destinados a levantar el espíritu público, como el que esa division habia rechazado en dos ocasiones a las fuerzas enemigas matándoles mucha jente i obligándolas a retroceder al sur del rio Claro. «Parece, decia, al concluir, que el cielo nos restituye al mismo punto de confianza que ántes teníamos, si ponemos de nuestra parte el valor i la constancia. Aquí se toman las providencias mas activas para engrosar el ejército hasta un pié bastante respetable, lo que se verificará sin duda.» Por otro oficio dirijido el mismo dia al gobernador de ese puerto, Cruz i Rodriguez aceptaban gustosos el ofrecimiento que habian hecho los ingleses residentes allí para organizar entre ellos una compañía de tropa, i le pedian que les facilitase todos los recursos necesarios para que sin tardanza se pusieran en marcha (30).

Pero si Cruz i Rodriguez estaban de acuerdo al dictar estas disposiciones, i si ámbos pusieron sus firmas al pié de aquellas providencias, el primero de ellos, hombre de órden ante todo, sin confianza en el poder de los movimientos populares i tumultuosos, i profundamente convencido de que solo las fuerzas disciplinadas i regulares eran capaces de resistir a los vencedores, no podia prestar su aprobacion a las otras medidas que el jenio impetuoso i ardiente de su colega puso en ejecucion ese mismo dia. Rodriguez en efecto, desplegó en esos momentos las mas admirables dotes de ajitador. Rodeado por algunos grupos de sus amigos i parciales, recorrió a caballo las calles de la ciu-

(30) Hemos tenido a la vista el cuaderno copiador de la correspondencia del gobierno con las autoridades provinciales durante aquellos dias. En él no aparecen mas que los tres oficios con la fecha del 23 de marzo, que fué el dia en que Rodriguez ejerció el gobierno en consorcio con el coronel Cruz, i que llevan la firma de ámbos. Esos oficios son los mismos que hemos extractado en el texto. No hai allí nada que se parezca a la pretendida órden de hacer volver los caudales del estado que estaban en camino para Mendoza, por la mui sencilla razon de que tales caudales no habian salido de Santiago, si bien entónces i mas tarde se ha contado esta especie de pura invencion como un hecho real i efectivo, aun en libros de cierto valor histórico.

dad pronunciando al pueblo palabras de aliento que eran recibidas con grande entusiasmo, visitó los cuarteles en que estaban reunidos los milicianos i los reclutas recojidos para formar el batallón número 4, i trasladándose en seguida a la maestranza, hizo abrir las puertas de los almacenes de armas, a pesar de la oposicion del comandante Prieto, i distribuyó fusiles i sables a todos los que querian tomarlos, recordándoles el deber de emplearlos en la defensa de la patria contra sus arrogantes opresores. Allí mismo dispuso la formacion de un escuadron de caballeria que llevaria el nombre de Húsares de la Muerte. Tendria éste por divisa una calavera de paño blanco sobre fondo negro, como símbolo de la resolucion inquebrantable de sucumbir en la campaña ántes que tolerar el triunfo del enemigo. Rodriguez se reservaba el mando de ese cuerpo, i dió los cargos de oficiales a los mas ardientes i decididos entre sus amigos i compañeros. El escuadron llegó a contar hasta doscientos hombres bien armados, pero mal vestidos, i ademas desprovistos de disciplina, lo cual fué una de las causas que se tuvieron en vista para no incorporarlo al ejército regular (31).

(31) Segun un estado de 31 de marzo de 1818, suscrito por don Pedro Aldunate i Toro, sarjento mayor del rejimiento de Húsares de la Muerte, este cuerpo constaba de doscientos hombres; i poseia por armamento 200 tercerolas sin terciados; 200 sables con sus tiros, 172 pares de pistolas, 800 piedras de chispa, dos cajones de cartuchos a bala i seis de instruccion, todo tomado en los almacenes de la maestranza. Sus oficiales eran: coronel don Manuel Rodriguez, teniente coronel don Manuel Serrano, sarjento mayor don Pedro Aldunate, mayores don Gregorio Serrano i don Pedro Urriola, porta-guiones don José Antonio Mujica i don Manuel Jordar, capellanes frai Joaquin Vera i frai Juan Mateluna. El escuadron estaba dividido en dos compañías. La primera tenia por capitán a don Gregorio Allende, por tenientes a don Pedro Bustamante, don Juan de Dios Ureta i don Pedro Fuentealba, i por subteniente a don Lorenzo Villegas. La segunda tenia por capitán a don Bernardo Luco, tenientes don Tadeo Quezada i don Tomas Martinez, i subteniente don Manuel Honorato. Todos éstos, algunos de los cuales habian servido durante el primer periodo de la revolucion en el ejército o en las milicias, pertenecian al antiguo partido carrerino, lo que daba a ese cuerpo un teñido color de resistencia al gobierno de O'Higgins.

La creacion i la denominacion de este cuerpo tuvieron su origen en un hecho ocurrido poco ántes en Europa, que hizo entónces mucho ruido en todas partes, i que ahora casi no mencionan las historias. En 1815, cuando, al saberse la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, las potencias coaligadas contra la Francia volvieron a reunir sus ejércitos para una nueva campaña, Guillermo Federico, príncipe de Brunswick, concurrió con sus tropas haciéndolas vestir de negro con una calavera en el morrion i en el cuello de la casaca, i dándoles la denominacion de "Húsares de la Muerte." En el ejército coaligado se les llamaba "los húsares negros." Esos cuerpos

La actividad de Rodríguez, que no podía ser muy eficaz para crear i organizar los elementos materiales i efectivos de defensa, produjo, sin embargo, un resultado prodijioso para levantar el espíritu público de la postracion que habia producido la derrota. El pueblo, triste i abatido aquellos primeros dias, sintió ahora renacer el patriotismo; i del exceso de abatimiento en que se habia hallado i de aquella desconfianza con que se resistia obstinadamente a dar crédito a las noticias que hacia publicar el gobierno, pasó a los trasportes del entusiasmo i a la confianza en el próximo triunfo, poniendo sus esperanzas en el popular caudillo, que para el vulgo de las jentes simbolizaba el sentimiento nacional i el espíritu de resistencia a todo trance. El aplauso popular i el recuerdo de sus anteriores hazañas como jefe de guerrillas, revistieron a Rodríguez en esas horas del prestigio i de la autoridad de un verdadero dictador (32).

se batieron heroicamente al abrirse la formidable campaña de 1815 contra el emperador frances, i el príncipe de Brunswick murió como un valiente con el pecho atravesado por una bala, en los momentos en que cargaba sable en mano a la cabeza de sus tropas en la batalla de Quatre-Bras, el 6 de junio de ese año.

Los Húsares de la Muerte creados por Rodríguez no asistieron a la batalla de Maipo, ni prestaron servicio eficaz en aquellos dias. San Martín no quiso incorporarlos al ejército, sosteniendo que como carecian de instruccion i disciplina, no era posible reunirlos con los cuerpos regulares. O'Higgins estuvo a punto de disolverlos, pero prefirió encargarles que vijilasen algunos pasos del rio Maipo para dar aviso de la marcha del enemigo si se acercaba a esos lugares.

(32) La tradicion popular, primero, i en seguida algunos escritos de carácter histórico, han exajerado sobremedera la intervencion de don Manuel Rodríguez en estos sucesos, haciéndolo el árbitro de la situacion desde que llegó a Santiago la noticia de la derrota de Cancharrayada hasta que se dió la batalla de Maipo. Se ha llegado a decir que Rodríguez fué el reorganizador del ejército de la patria; i tanto por desconocimiento de los documentos de la época como por espíritu de partido, se desfiguraron los hechos de una manera lastimosa. Vamos a citar un solo rasgo. *El Araucano*, órgano oficial del gobierno, publicaba en su número 82, de 7 de abril de 1832, un artículo editorial destinado a recordar la victoria de Maipo con motivo de su aniversario. En ese artículo no se nombra para nada a San Martín, a O'Higgins, a Freire, a Las Heras, a Borgoño, a Blanco, a Bueras, ni a ninguno de los militares que reorganizaron el ejército i que se ilustraron en la batalla, i se refieren los hechos de la manera siguiente: "Todo se habia perdido en la noche del 19 de marzo de 1818 por la dispersion que sufrió nuestro ejército en los campos de Cancharrayada. Desde aquel punto hasta el Maipo no habia un soldado que hiciera frente al ejército español, que se avanzaba a la capital... El valiente Rodríguez consiguió con su infatigable actividad animar el entusiasmo de los ciudadanos, reunir los dispersos i poner al ejército en disposicion de disputarle al enemigo su entrada en la capital. Dióse la batalla mas sangrienta, en que la disciplina i superioridad de los españoles tuvo que ceder a los esfuerzos del valor. En pocas horas concluyó la formidable fuerza que ya se

9. Llega O'Higgins a Santiago i resume el gobierno del estado. 9. La creacion de un cuerpo de caballería que no podía tener tiempo para disciplinarse, i el pensamiento quimérico de armar en pocos días a la poblacion en masa, no podian en manera alguna salvar a Chile de ser reconquistado por un ejército regular de cerca de cinco mil soldados veteranos. Toda la fogosa actividad de don Manuel Rodriguez, adecuada para despertar el patriotismo e infundir esperanzas de victoria, habria sido impotente para allegar i organizar elementos sólidos de resistencia. La situacion necesitaba hombres de otro temple i de otro espíritu, i éstos no tardaron en presentarse.

En la mañana del 21 de marzo, cuando la poblacion de Santiago se encontraba profundamente abatida con las primeras noticias del de-

consideraba dueña de todo Chile, i en pocos momentos se acabaron los peligros i se disiparon los temores. « Artículos como éste, repetidos cada vez que se trataba de recordar los sucesos de la revolucion, i en que estudiadamente se omitian los nombres de San Martin i de O'Higgins cuando se referian las batallas de Chacabuco i de Maipo u otros sucesos en que ellos fueron los protagonistas, habrian perturbado el criterio de las nuevas generaciones si no hubieran aparecido mas tarde los primeros trabajos de alguna seriedad, que comenzaron a ilustrar la historia nacional.

Los documentos de la época que nosotros hemos estudiado detenidamente, i que publicamos en el texto o en las notas, integros o en extracto, demuestran que la injerencia de Rodriguez en la direccion de los negocios públicos no duró mas que algunas horas, desde las dos de la tarde del 23 de marzo hasta la mañana siguiente, en que O'Higgins reasumió el gobierno. Entre los papeles de éste hallamos una relacion escrita por un oficial de milicias apellidado Sepúlveda, en que estan referidas las ocurrencias de ese día; pero es conocida otra de un carácter mas autorizado todavia. Con la misma fecha de 23 de marzo don Tomas Guido daba cuenta al director supremo de Buenos Aires de los sucesos de ese día, de la modificacion introducida en el gobierno, de las medidas que se tomaban en Santiago i de las últimas noticias que habian llegado acerca de la reorganizacion del ejército. En ese oficio, que no se ha publicado nunca, pero que vimos en el archivo de Buenos Aires, i de que, contra nuestra costumbre, tomamos un simple extracto en vez de copiarlo íntegro, Guido deja ver su opinion sobre el estado de los negocios públicos, indicando que si bien se desperdiciaba el espíritu público de su anterior abatimiento, las medidas adoptadas ese día en Santiago carecian de eficacia efectiva, i aun podian producir el desorden i la anarquía si el director propietario no llegaba pronto a tomar las riendas del gobierno i a dar una direccion mas sólida a los trabajos administrativos. Pidiéndole mas prolijos datos sobre aquellos sucesos en marzo de 1859, don Tomas Guido, entónces jeneral de la República Argentina, nos refirió en Montevideo numerosos incidentes, de cuya exactitud no nos es posible dudar, vista su completa conformidad con los documentos de la época, confirmándonos con esos pormenores la idea que ya nos habíamos formado de la entereza de carácter i de propósitos que en esa terrible crisis demostró el coronel don Luis de la Cruz.

sastre, el ministro de gobierno don Miguel Zañartu, como contamos antes, despachó un propio a buscar a O'Higgins donde se hallase, para entregarle una comunicacion de la mayor importancia. Decíale en ella que cualquiera que fuese su estado de salud i de fatiga i la situacion del ejército, el debía trasladarse sin tardanza a la capital para restablecer de algun modo la confianza pública, impedir el desórden i la anarquía que comenzaban a asomar, i atender desde aquí a la organizacion de la defensa reconcentrando las fuerzas salvadas de la derrota, i los pequeños destacamentos de tropas regulares que pudieran juntarse en Santiago i en Valparaiso, i reuniendo las milicias de los distritos vecinos.

O'Higgins recibió ese aviso en San Fernando el 22 de marzo. Su salud, debilitada por la pérdida de sangre i por la fiebre, comenzaba a inspirar cuidados. El cirujano de ejército don Juan Green, que estaba a su lado, observóle que un viaje emprendido en esas condiciones, i recibiendo el sol, ardiente todavia en esa estacion, podia serle fatal. O'Higgins, sin embargo, sobreponiéndose a las fatigas físicas i morales, esperó la tarde, montó a caballo, i galopando toda la noche, llegaba a Rancagua al amanecer del dia 23. Despues de tomar unas cuantas horas de descanso, revistó las tropas que allí habian reunido el jeneral Balcarce i los coroneles Zapiola i Freire, ordenó que se acopiaran víveres i caballos para socorrer al ejército que debía llegar en su retirada antes de dos dias, i se dispuso a continuar su marcha esa misma tarde. Allí se le juntó el ministro de estado don Miguel Zañartu, que llegaba en un coche para darle cuenta de las últimas ocurrencias i pedirle empeñosamente que sin pérdida de tiempo se presentara en la capital a afianzar la tranquilidad pública, perturbada por el pavor i por los primeros síntomas de desórden i de anarquía que habia visto asomar. En compañía de éste, continuó O'Higgins su marcha, i a las tres de la mañana del dia 24 de marzo llegaba a Santiago (33).

La presencia del director supremo habia llegado a hacerse indispen-

(33) En el archivo público de Buenos Aires hallamos un oficio dirigido el 24 de marzo al director supremo Pueirredon por el intendente de Santiago don Francisco de Borja Fontecilla, en representacion de O'Higgins, para decirle que la capital i las provincias salian ya de la consternacion producida por la primera noticia del desastre, i que el ejército continuaba reorganizándose bajo los mejores auspicios. En comprobacion de esto, enviaba una comunicacion escrita en Rancagua el 23 de marzo a las cinco i media de la tarde por el ministro Zañartu, en que éste detallaba con alguna prolijidad las noticias que entonces se tenían del ejército, i segun las cuales la situacion de Chile, lejos de ser alarmante, como se habia creído, podia considerarse venta-

sable. Habiendo llamado a esas horas al coronel Cruz para imponerse del estado de la capital, supo O'Higgins con todos sus detalles los sucesos del día anterior, conoció el desacuerdo que ya se había pronunciado entre los dos hombres que en ese momento estaban ejerciendo el mando supremo, i creyó ver en las medidas tomadas por Rodríguez, los actos de un espíritu irreflexivo i turbulento que comprometía seriamente la situación, formando un cuerpo de tropas que por su indisciplina no podía prestar servicio alguno efectivo, i distribuyendo indiscretamente entre el populacho las armas que eran indispensables para equipar al ejército. Resuelto a poner término definitivo a aquella situación anormal, i que juzgaba sembrada de peligros, i queriendo regularizar de una manera conveniente la organización de la defensa, O'Higgins comunicó inmediatamente al coronel Cruz la orden de citar a las corporaciones para reasumir ante ellas el mando del estado (34). Ni los padecimientos físicos producidos por su herida i aumentados con las

josa. Esa comunicacion, que nos ha sido útil para conocer estos sucesos, ha sido publicada despues por el jeneral Guido entre los documentos de su artículo titulado *Reminiscencias*.

(34) Hé aquí en su forma textual la orden de O'Higgins, que orijinal tenemos a la vista:

"A consecuencia de las noticias verbales que adquirí anoche por conducto de mi delegado, sobre que en la mañana de ayer una parte del pueblo ajitado con el celo justo de salvar su patria, habia propuesto entre otras medidas de seguridad pública la de asociar al gobierno la persona del teniente coronel don Manuel Rodríguez, para poner en movimiento todos los recursos en auxilio del ejército i proteccion de la causa de América, ha dado el correspondiente aviso al Excmo. señor capitán jeneral don José de San Martín, no obstante de que estoi persuadido de que V. E. por su parte, lo habrá ejecutado para que cuente con la favorable disposicion de esta capital en el progreso de sus operaciones ulteriores contra el enemigo comun.

"Desde luego dejaria las cosas en el estado en que se hallan, si el deseo de trabajar activamente por mi patria no me estimulase a todo sacrificio; i habiendo resuelto, como resuelvo, reasumir la direccion suprema que me han confiado los pueblos. en los críticos instantes en que la unidad de accion en el gobierno bastan para preparar los medios que confundan a los tiranos, dispondrá V. E. que para las doce de este día se reunan en el palacio directorial todas las corporaciones con el mui ilustre ayuntamiento, ante quienes espondré lo que juzgue conveniente a los intereses del estado.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago, 24 de marzo de 1818.—Bernardo O'Higgins.—A la direccion delegada.

La firma de este documento parece ser de la propia mano de O'Higgins; pero es irregular i alterada, lo que se esplica por el estado de su brazo. Habiéndole prohibido su médico que se esforzara en escribir, lo que no podía hacer sino con suma dificultad, O'Higgins encargó al intendente de Santiago don Francisco de Borja Fontecilla que firmara por él, i poco despues usó un sello o estampilla que se ponía a

fatigas del viaje, ni la conmocion moral creada por el desastre, habian alcanzado a doblegar la entereza de su carácter, inquebrantable en medio de los peligros i de las situaciones mas difíciles.

La asamblea de las corporaciones se verificó a las doce del dia en la sala de despacho del palacio directorial. Aunque muchas personas temian que se hubiesen producido manifestaciones populares excitadas por los parciales de Rodriguez, para mantener aquella situacion provisional, nadie se atrevió a proferir una sola palabra en ese sentido. O'Higgins, por el contrario, fué saludado por la asamblea con todas las demostraciones de respeto i de deferencia; i cuando, levantándose del sillón directorial, se puso de pié con el brazo entrapajado i con el rostro pálido por la fatiga, la concurrencia prorrumpió en calurosos aplausos. Con voz firme i serena, con palabras sencillas, pero revestidas con todo el colorido de la resolucion i de la sinceridad, refirió lo que habia pasado en la funesta jornada del 19 de marzo, i los esfuerzos hechos para reorganizar el ejército, asegurando que la patria tenia recursos suficientes para salir victoriosa en aquella tremenda crisis. «Yo lo he visto todo, dijo al concluir, i abrigo la profunda conviccion de que hemos de salir victoriosos en la próxima batalla, si vosotros me ayudais con vuestros esfuerzos individuales. No pienso exijiros dinero para esto: no pediré nada hasta que nuestra conducta en la batalla que va a decidir de vuestra suerte i de la de vuestros hijos, os manifieste que hemos cumplido con nuestro deber. Quiero solo que me ayudeis con vuestros esfuerzos personales i con vuestro entusiasmo (35).» O'Higgins reasumió allí mismo el gobierno del estado en medio de las aclamaciones de los circunstantes.

El prestigio de O'Higgins, las noticias mucho mas consoladoras que él comunicaba sobre el estado del ejército, las que llegaban por otros conductos, i la presencia de algunos militares que venian del sur i que las confirmaban ámpliamente, levantaron considerablemente el espíritu público. El director supremo, por otra parte, desplegó desde el primer instante la firmeza i la actividad que constituian sus primeras dotes de soldado i de gobernante. Al anunciar a los distritos vecinos su arribo

pié de los decretos i de las comunicaciones del gobierno, i que le fué forzoso emplear durante cerca de dos meses. Por esta misma razon, contra su costumbre de escribir de su propio puño su correspondencia particular, se vió obligado a usar escribiente durante algunos meses.

(35) Copiamos textualmente estas palabras de la relacion de los sucesos de aquellos dias escrita por el mismo jeneral O'Higgins en forma de diario.

a la capital, les comunicaba el aspecto favorable que habia tomado la reorganizacion del ejército, haciéndoles saber que todo parecia prometer una próxima victoria. Sin dejar de pedirles el envío de las milicias provinciales para hacerlas servir en numerosas comisiones, O'Higgins contrajo principalmente su atencion a reunir i acuartelar los dispersos del ejército de línea, dividiéndolos en secciones segun sus cuerpos, a cargo de oficiales de su confianza. Desplegó una grande enerjía para reprimir los desórdenes de la plebe, inquietada por la perturbacion de esos dias. Hizo venir de Santa Rosa de los Andes una partida de armas compradas poco ántes en Buenos Aires i que acababan de llegar a esa villa, i consiguió comprar a crédito las que poseian en sus almacenes algunos comerciantes ingleses, reemplazando así en los depósitos de la maestranza los sables i fusiles que indiscretamente habia distribuido Rodriguez al populacho. O'Higgins manifestaba una fé tan inquebrantable en el triunfo de la patria, que aun en medio de las primeras atenciones que le rodeaban por todas partes para organizar la defensa, el mismo dia 24 de marzo daba las instrucciones para comprar un hermoso buque ingles que acababa de llegar a Valparaiso a fin de que fuese, como lo fué en efecto, segun contaremos mas adelante, la base de la escuadra que debia dar a Chile el dominio del Pacífico.

El impulso firme, tranquilo i ordenado que dió O'Higgins a los trabajos de organizacion, produjo un excelente resultado. Por edicto de 26 de marzo, facultó al juez de alta policia (intendente) de Santiago don Francisco de Borja Fontecilla, para firmar el despacho mientras él se hallara impedido para hacerlo; i aunque esta facultad se estendia hasta delegar en éste sus atribuciones, siguió entendiendo en todos los detalles de la administracion. Varios comerciantes extranjeros habian tomado el camino de la emigracion al tener la primera noticia de la dispersion del ejército en Cancharrayada, i aquellos que se veian retenidos en Santiago por la necesidad de atender sus intereses, se empeñaban por medio de tratos con algunos negociantes españoles de conocida probidad, en ocultar sus haberes para sustraerlos a los secuestros i embargos que podia decretar el jeneral realista en nombre de las leyes vijentes que prohibian el comercio de los extranjeros en estas colonias. La vuelta de O'Higgins i la actitud asumida por éste, restablecieron en lo posible la confianza, i se suspendieron en su mayor parte aquellos arreglos. Aun hubo comerciantes ingleses, don Ricardo Price i don Juan Begg, entre otros, que vendieron a crédito diversos artículos al gobierno, i que hasta le hicieron préstamos de dinero, ademas de los donativos patrióticos.

10. Entra San Martín a la capital: organización del campamento de Maipo: arribo de la división salvada del desastre de Cancharayada. —El jeneral Brayer es separado del ejército patriota (nota).

10. En la tarde del día 25 de marzo, a entradas de la noche, llegaba San Martín a la capital, acompañado por su ayudante O'Brien i por un corto piquete de caballería. Había dejado en San Fernando la división que conducía el coronel Las-Heras, i a su paso por Rancagua había revistado las fuerzas que estaban allí reunidas. Llegaba a Santiago para calmar todo jérmen de inquietud i dar mas cohesión i firmeza a los aprestos de defensa. Despues de una corta conferencia reservada con el director supremo en el palacio de gobierno, San Martín tomaba de nuevo su caballo para trasladarse a su casa-habitación (el palacio del obispo), situada en la misma plaza. La noticia de su arribo se había estendido en toda la ciudad, i numerosos grupos de jentes de todas condiciones se habían agolpado a las puertas del palacio. Contestando a las aclamaciones populares, San Martín anunció en un breve discurso que la patria, repuesta del pavor creado por una inesperada sorpresa, estaba ya en situación de alcanzar la victoria. «¡Chilenos! dijo. Una de aquellas casualidades que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir a vuestro ejército un contraste. Era natural que un golpe que jamás esperábais i la incertidumbre os hiciesen vacilar. Pero ya es tiempo de que volvais sobre vosotros mismos, i observeis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo, que nuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente, i que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo. Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un paso de sus atrincheramientos, yo dejo en el cuartel jeneral una fuerza de mas de cuatro mil hombres sin contar las milicias. Me presento a aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; i regresando mui en breve a nuestro cuartel jeneral, tendré la felicidad de concurrir a dar un día de gloria a la América del Sur (36).» El pueblo, confortado con estas noticias, prorrumpió en las mas ardorosas demostraciones de adhesión i de entusiasmo, acompañando al jeneral en jefe en medio de vítores i aplausos. «Por un contraste singular en las manifestaciones del espíritu humano, i no comun en los fastos de la historia, decía poco mas tarde San Martín, despues de la dispersión del ejército que había comprometido tan seriamente la libertad de

(36) Copiamos estas palabras de una proclama que al día siguiente circuló impresa, i que, segun el testimonio de los contemporáneos, era la reproducción fiel del discurso que San Martín había dirigido en la plaza.

Chile, fui recibido en Santiago poco ménos que en triunfo (37)."

El contento del pueblo tenia, sin embargo, una esplicacion bien sencilla. Despues de la amarga consternacion de aquellas horas de pavor en que la causa de la patria parecia definitivamente perdida, la presencia de los jefes del estado i del ejército, a quienes se habia creido muertos o prisioneros, i con la certidumbre de que el desastre no era irreparable, el pueblo sentia renacer su esperanza, i creia con razon que aquellos dos hombres serian dignos de la confianza que se habia depositado en ellos. "Es digno de los mayores elogios, decia un testigo de esos acontecimientos, al referir el regreso de O'Higgins i de San Martin, el entusiasmo de la capital i de los demas pueblos en medio de la contradiccion de noticias melancólicas por dos dias consecutivos i de la consternacion que inspiraba el pavor de algunos dispersos. Esto no dejó de influir en pequeñas convulsiones populares que han existido en Santiago por la incertidumbre de los sucesos; pero la mayor tranquilidad está restablecida, i se consagran nuevos esfuerzos para vengar el honor nacional i escarmentar a los tiranos (38)." I el ministro de gobierno don Miguel Zañartu, al anunciar a los pueblos estas ocurrencias pidiéndoles su cooperacion a la obra comun, i los socorros de caballos, de mulas i de víveres que pudieran enviarle, no vacilaba en predecir una próxima victoria. "Este es, decia, el golpe que va a asegurar para siempre la libertad de Chile i de toda la América. Que vengan, pues, a concurrir a esta grande obra todos los hombres útiles, que aquí se les dará destino. Será una escena gloriosa ver agolparse los hijos de la patria a defender a su madre cuando se halla en peligro (39)."

San Martin no permaneció en Santiago sino poco mas de un dia. Entre los dispersos que habian llegado del sur, las escasas partidas de tropas que se hallaban aquí, el batallon de Infantes de la patria i una

(37) Estas palabras son tomadas, con pequeña variacion de forma, de los apuntes que San Martin habia preparado para contestar un *Manifiesto* de don José Miguel Carrera, en que éste aseveraba que "despues del desgraciado suceso del 19 de marzo el pueblo i el ejército proclamaron por sus jefes favoritos a los Carreras". Esta aseveracion, destituida de todo fundamento, porque, si de algun modo puede referirse a la intervencion de Rodriguez en los acontecimientos que hemos contado, no se hizo entónces mencion pública de los Carreras, es formalmente desmentida por San Martin en el pasaje que extractamos en el texto.

(38) Oficio de Guido al gobierno de Buenos Aires, de 27 de marzo de 1818.

(39) Circular del ministro Zañartu a los subalternos de los Andes, Aconcagua, Quillota i Melipilla, de 25 de marzo de 1818.

compañía de artilleros que vinieron de Valparaíso, se habían reunido en la capital cerca de dos mil hombres de tropas veteranas. A su cabeza salió San Martín el 27 de marzo, i fué a situarse en el llano de Maipo, una legua al sur de la ciudad. El ministro de la guerra, don José Ignacio Zenteno, que lo había acompañado durante toda la campaña, se estableció también en el campamento, para dictar las órdenes necesarias a la reorganización del ejército. La capital quedaba guarnecida por las milicias urbanas formadas el año anterior, por las que se retiraban del distrito de Colchagua i por las que comenzaban a llegar de los partidos del norte.

El espacioso llano de Maipo era entonces en su mayor parte un campo árido i desierto, sin árboles i casi sin riego, i sin los cercos i tapias que la subdivisión de las propiedades i el progreso de la agricultura han establecido mas tarde. El primer campamento que allí tuvieron los patriotas, estaba situado en su lado norte, donde existían algunas heredades regularmente cultivadas, i donde había pasto abundante para los caballos (40). Allí se acopiaron cantidades considerables de víveres i de municiones i un crecido repuesto de vestuario para las tropas acantonadas i para las que se esperaban del sur. Desde el 28 de marzo se organizaron con la mas obstinada perseverancia los ejercicios militares para restablecer la disciplina i la moralidad del soldado. San Martín, desplegando la misma actividad que había manifestado en el campamento de Mendoza, atendía personalmente todos esos trabajos hasta en sus mas menudos detalles, mientras O'Higgins desde Santiago reunía i enviaba todos los elementos que eran indispensables para poner al ejército en el pié que exigían las circunstancias.

Entretanto, la división salvada del desastre de Cancharrayada seguía ordenadamente su marcha hacia el norte. En la tarde del 22 de marzo había acampado en San Fernando, i el día siguiente se engrosaba en las orillas del río Claro con el batallón número 8 casi completamente reorganizado. El coronel Las Heras, que continuaba dirigiendo con gran discreción aquella retirada tan prudente como afortunada, cuidaba de recoger en su marcha a todos los dispersos, i no dejaba a sus espaldas mas que algunos destacamentos de caballería a cargo del

(40) Este campamento de instrucción, en que permaneció el ejército hasta el 2 de abril, estaba situado un poco al norte de la chacara de don Silvestre Martínez de Ochagavía (terrenos que conservan este nombre), en cuyas casas se estableció en esos días el estado mayor.

bizarro comandante don Santiago Bueras, que debía hostilizar a las avanzadas del ejército enemigo i dar noticias de los movimientos de éste. Por todas partes las columnas patriotas recibieron de los pobladores de aquellos lugares los socorros i atenciones que les eran mas necesarios. Los campesinos acudian con víveres i frutas para ofrecerlos jenerosamente a la tropa. En la Requínoa, donde se habian establecido depósitos de provisiones por cuenta del estado, Las Heras destruyó las que no pudo cargar para que no fuesen utilizadas por el enemigo. Lo mismo hizo el día 25 a su paso por Rancagua, obedeciendo en esto a las instrucciones del jeneral en jefe i a las duras necesidades de la guerra.

Desde este punto la retirada no ofrecia cuidados ni peligros. En los Graneros (hacienda de la Compañía),* a tres leguas de Rancagua, el jeneral Balcarce, que habia quedado allí con este objeto, tomó el mando de la division i se puso al frente de ella. El 28 de marzo pasaba el rio Maipo, i el día siguiente era recibida en el campamento con una parada militar i con una salva de veintiun cañonazos, que en el acto contestaron desde Santiago los cañones de la fortaleza de Santa Lucía i las campanas de todas las iglesias echadas a vuelo para anunciar al pueblo que ya se habia operado la reconcentracion del ejército. «El entusiasmo de las tropas, decia ese mismo día el ajente diplomático de Buenos Aires al dar cuenta a su gobierno de estas ocurrencias, se ha manifestado en el orden i subordinacion que han observado hasta su acantonamiento; i las medidas del gobierno supremo i de los jenerales del ejército, dan lugar a esperar felices resultados si el enemigo se interna hácia esta provincia (Santiago). Descanse V. E. en la seguridad de que, a excepcion de un corto número de alucinados por un temor imprudente, la oficialidad i tropa del ejército siguen firmes en la resolucion de vengar el honor de la patria.» Tanto el jeneral en jefe como el director supremo del estado, tributaron merecidos aplausos a los jefes, que en medio de la perturbacion casi jeneral, habian contribuido con su entereza i con su discernimiento de viejos soldados a la reorganizacion del ejército.

Pero si San Martin se mostró en esa ocasion efusivo para saludar con merecidos elogios al coronel Las-Heras i a los jefes de cuerpo de la division salvadora del descalabro por una retirada tan feliz como bien dirigida, si con sus palabras i con su ejemplo excitaba el patriotismo de los oficiales que se distinguieron en la concentracion de los dispersos, fué inflexible en las manifestaciones de desaprobacion i de censura de los que no habian cumplido con su deber en aquella crisis,

o que habian aumentado la alarma con su conducta o con sus palabras. El jeneral Brayer, cuyos servicios no habian correspondido al prestigio de que venia acompañado su nombre, ni a las esperanzas que hizo concebir, i que en esas horas de prueba manifestó, como ya contamos, una gran pusilanimidad, contribuyendo a fomentar el desaliento, fué separado del ejército con formas que pueden llamarse despreciativas i humillantes, al paso que otros oficiales estranjeros de inferior graduacion fueron felicitados por su conducta i honrados con diversas comisiones (14). Estas medidas firmes i resueltas contribuyeron a retemplar el espíritu del ejército en que estaban fundadas entónces las esperanzas de la patria.

(14) Hemos referido en el texto que despues del descalabro de Cancharayada, el jeneral Brayer, en vez de detenerse en Quechereguas al lado de O'Higgins i de San Martin para ayudarlos a reunir a los dispersos i para acompañarlos en aquellos trabajos de reorganizacion militar, continuó apresuradamente su viaje a Santiago, i que aquí contribuyó poderosamente con sus informes a aumentar la perturbacion i el desconcierto de los patriotas. Alegando entónces que la rápida marcha que acababa de hacer habia comprometido su salud orijinándole ciertas dolencias en una pierna en que habia recibido una herida en la guerra de España, solicitó certificados médicos para retirarse a los baños de Colina. El facultativo don Manuel Julian Grajales, en un informe dado en diciembre de ese mismo año, espuso que la dolencia de Brayer era de escasa importancia, que cedió a los primeros medicamentos, i que por este motivo él se negó a darle el certificado que le pedía.

Cuando comenzó a restablecerse en Santiago la tranquilidad con el arribo de O'Higgins i de San Martin, i cuando renacieron las esperanzas de victoria, Brayer presentó al jeneral en jefe la siguiente solicitud:

"Durante una carrera de treinta años de servicios militares, el honor ha sido siempre mi guía. Conducido por mi patriotismo a la América del sur, creo haber merecido la estimacion del ejército. Bajo este supuesto, me dirijo a V. E. con toda confianza, suplicándole me conceda algun mando en las tropas que se reunen para rechazar al enemigo. Mi salud, destruida por heridas graves, me deja solo una existencia dolorosa, cuyos restos ofrezco en obsequio de la independendia del país que me ha acogido en mi desgracia. Me atrevo a esperar esta gracia de la jenerosidad i justicia de V. E.—Santiago de Chile, 27 de marzo de 1818.—*Miguel Brayer.*"

San Martin le contestó dos días despues en los términos irónicos que se ven en el oficio siguiente: "La salud de V. S. es mui interesante, i por lo mismo deberá reponerla por medio de una curacion formal. Logrado este objeto, se le proporcionará el destino que V. S. solicita a beneficio del país.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Cuartel jeneral en el llano de Maipo, 29 de marzo de 1818.—*José de San Martin.*"

Parece que Brayer no comprendió toda la burla que habia en esa respuesta; i en efecto, hizo una nueva instancia, aunque en diverso sentido al jeneral en jefe. Este mismo ha contado ese incidente en los términos que siguen: "Desde el 20 de marzo el jeneral Brayer no volvió a presentarse al ejército hasta el 5 de abril a las once de

la mañana. Las columnas marchaban sobre el enemigo, i nuestros tiradores estaban empeñados con los de éste. En ese momento crítico se me presentó el señor Brayer cojeando i solicitando le concediese licencia para pasar a los baños de Colina. Mi contestacion fué que con la misma licencia con que se habia retirado de Talca a Santiago podia hacerlo a los baños; pero que respecto a que en el término de media hora íbamos a decidir la suerte de Chile, i que dichos baños distaban trece leguas (textual) i el enemigo media legua, podia quedarse si sus males se lo permitian. El señor Brayer me contestó que no estaba en estado de hacerlo, porque la antigua herida de su pierna no se lo permitia. Esta respuesta me exaltó, es verdad. Mi primer impulso fué el de pasarlo por las armas; pero no pude contenerme de decirle públicamente: "Señor jeneral, el último tambor del ejército unido tiene mas honor que " V. S." En seguida di vuelta al caballo i di orden al señor Balcarce para que se hiciese saber al ejército que el señor jeneral de veinte años de combates (Brayer), quedaba suspenso del empleo por indigno de conservarlo. El señor Brayer, en seguida, se retiró tranquilo a la capital, i mientras él estaba cargando su equipaje con escándalo público, batimos en Maipo esa misma tarde a los enemigos de nuestra libertad." (*Contestacion de San Martín al manifiesto de Brayer, de que hablamos mas abajo.*) El viajero Haigh, que se hallaba entónces en Santiago, ha contado este incidente con mas brevedad en la página 215 del libro citado. Segun él, San Martín fué todavía mas duro en aquella última entrevista: "Como la peticion de Brayer en vispera de la batalla, dice Haigh, fué considerada sobrado inoportuna, San Martín le espresó su sorpresa en términos poco mesurados, i despues de indicarle que podia irse a donde quisiera, concluyó por decirle: "Señor jeneral, usted " un carraco (sic)."

Brayer manifestó en seguida una notable falta de discernimiento. Llegado poco despues a Buenos Aires, presentó al gobierno una *Exposicion de la conducta* que habia observado en el tiempo que sirvió en Chile; i en esos momentos en que San Martín estaba en todo el apojee de su gloria i de su popularidad, trató de acusarlo no solo de los desaires u ofensas que le habia inferido, sino por errores que decia haber cometido éste en la direccion de la última campaña. Como los amigos de San Martín pretendieran provocar un juicio para esclarecer esas acusaciones, Brayer huyó de Buenos Aires i fué a asilarse a Montevideo. San Martín, que tuvo conocimiento de la exposicion de Brayer, hallándose en Mendoza, de regreso para Chile, en octubre de 1818, la mandó publicar en Buenos Aires en un opúsculo de 14 páginas, a las cuales agregó otras doce de contestacion en que responde a aquellos cargos, presentando a Brayer como un soldado vulgar, lleno de vanidad i de arrogancia, pero sin mérito de ninguna clase i sin valor militar, i apelando, en comprobacion de lo que dice, al testimonio de los jefes i oficiales del ejército, al cual habia apelado tambien el jeneral Brayer.

En Santiago se publicó, en el mes de diciembre, un opúsculo de 21 páginas que lleva el título de *Contestacion de los jefes del ejército unido de los Andes i Chile al manifiesto del ex-mayor jeneral don Miguel Brayer, sobre su conducta en el tiempo que permaneció en Sud-América*. Este opúsculo, suscrito por los mas caracterizados oficiales del ejército, i entre ellos por el comandante de ingenieros Blacler d'Albe, compatriota de Brayer, es una tremenda acusacion contra éste, cuyos actos se refieren i se censuran con mayor dureza que la que habia empleado San Martín. Estas tres piezas (la exposicion de Brayer, la contestacion de San Martín i la de los oficiales

del ejército), se refieren a los mismos hechos, i a pesar de la diverjencia de apreciaciones i de lo que hai en ellos de pasion, ayudan a conocerlos i son por esto mismo utilizables por el historiador.

Desde Montevideo publicó Brayer en 1819, por la imprenta que allí tenia don José Miguel Carrera, una *Respuesta al jeneral San Martin* que consta de 27 páginas. Escrita con gran destemplanza de tono, con referencias inconducentes a la historia romana i a la de Federico el Grande de Prusia, i con citaciones a granel de los nombres de muchos escritores, ese opúsculo es una pobre muestra de la escasa cultura literaria de su autor, i fuera de uno que otro rasgo utilizable, no contiene mas que invectivas apasionadas i de mal gusto. La prensa de Buenos Aires, que tomó alguna parte en esta polémica, se pronunció contra Brayer. Así, en un periódico de 1818, titulado *El abogado nacional*, hemos visto un artículo en que, analizando una reseña biográfica de este jeneral publicada en Francia, se sostiene que sus servicios militares allí habian sido de escaso valor i que no le daban título para recordarlos con la arrogancia con que hablaba de ellos.

Brayer permaneció solo algunos meses en Montevideo. En 1819 se trasladó a Estados Unidos, i, como contamos en la nota 54 del capítulo II, regresó a Francia despues de la caída de los Borbones, fué reintegrado en sus honores i hecho par del reino bajo la nueva dinastía, i allí murió en 1840.